¡Proletarios de todos los países, uníos!

EL PROLETARIO

PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

SUPLEMENTO PARA LATINOAMERICA
DE EL PROGRAMA COMUNISTA

MAYO 1980 Nº8
EUROPA Y EE.UU.: US$ 0,50 - A.L.: US$ 0,35

la destrucción de las FF.AA., primer paso de la revolución

Las Fuerzas Armadas vienen desempeñando un papel de primer plano en la vida política latinoamericana, principalmente en la fase abierta por la I guerra imperialista, la que dio inicio al turbulento proceso de modernización burguesa del continente. Este papel de protagonista se manifestó de dos maneras diferentes. Por una parte, bajo la forma de golpes "de derecha" y el establecimiento de tiránicas dictaduras militares, apoyadas por el imperialismo y las clases dominantes autóctonas tradicionales. Por otra parte, impulsando a movimientos y gobiernos "progresistas", ya sea directamente, mediante la asunción al poder de un sector de las FF.AA. en el nombre de éstas, ya sea indirectamente, apoyando a gobiernos civiles reformistas que no asumirán el carácter de movimientos propiamente militares (como es el caso de la mayor parte de los "populismos": varguismo, peronismo...).

Esta dicotomía entre sectores "progresistas" y "conservadores" no es más que el reflejo de la dicotomía existente en el seno mismo de las clases dominantes, creada, sobre todo, por la aparición, al lado de las clases tradicionales, de una joven burguesía urbana, que transmite la necesidad impostergable de modernización política, económica y social duramente puesta al desnudo por la crisis general. Sin embargo, la debilidad congénita de estas fuerzas burguesas jóvenes (explicada por su aparición demasiado tardía, cuando ya dominaba en el mundo el capitalismo en su forma última, el imperialismo) hizo que éstas nunca hayan logrado constituirse en un verdadero partido, unitario y disciplinado, que actuara como *fuerza* histórica capaz de llevar a cabo la revolución burguesa, o más bien de completarla.

Si bien han avanzado algunos pasos en la modernización del Estado y

(sigue en p.2)

La preparación revolucionaria exige el boicot de las elecciones y del parlamento

La democratización de los regímenes latinoamericanos pone al orden del día la cuestión de la actitud comunista ante las elecciones y la participación en las Asambleas Parlamentarias. No es superfluo, pues, volver a trazar sucesivas posiciones defendidas por el movimiento revolucionario marxista ante esta cuestión decisiva, las cuales han sido determinadas en función de los mismos principios y objetivos programáticos.

Echando por tierra la mentira liberal según la cual la democracia haría del Estado burgués un órgano por encima de las clases, un Estado de todo el pueblo, destinado a armonizar imparcialmente los antagonismos sociales, el marxismo afirma que la democracia más perfeccionada y pura no disminuye para nada el carácter de *dictadura burguesa* del Estado capitalista. Más aún, que "la república democrática es la mejor forma política posible del capitalismo" ; en ella, el Capital "asienta su poder tan sólidamente, tan seguramente, que no puede ser resquebrajado por *ningún* cambio de personas, de instituciones o de partidos en la república democrática burguesa" (Lenin, *El Estado y la revolución*).

Precisamente por ser el instrumento armado de la dominación de la burguesía - es decir, de su violencia concentrada y centralizada - independientemente de la forma política que ésta revista, es imposible utilizar el Estado capitalista, incluso en su forma democrática, contra los intereses de la clase dominante. El estado bur-

(sigue en p.8)

EN BRASIL

Los pelegos ya tienen su partido

Una condición básica de la democracia moderna es la existencia de un oportunismo obrero capaz de ejercer un control eficaz sobre las masas trabajadoras, que les impida colocarse en el terreno de la lucha clasista desviándolas hacia el terreno del colaboracionismo democrático. En los países que son la cuna del capitalismo y del movimiento obrero (los países europeos), el oportunismo ha empezado a surgir hace un siglo, como producto de la corrupción de las capas superiores de la clase obrera por las migajas proporcionadas por el monopolio industrial y, luego, el saqueo imperialista del mundo. Constituyéndose en *agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero*, esta "aristocracia obrera" ha sometido a los partidos y sindicatos obreros a los intereses generales de *su* Estado burgués imperialista. El primer ejemplo histórico de esta degeneración del movimiento obrero de clase ha sido proporcionado por el reformismo "laborista" inglés que dominó a las Trade Unions y al Labour Party ; en el continente europeo, fue seguido por el reformismo socialdemócrata, al que, tras la victoria de la contrarrevolución stalinista hacia mediados de los años 20, se unieron los partidos ex-comunistas.

Ahora bien, el gran problema con el que hoy se enfrenta la burguesía en A.L., al verse empujada a democratizar su forma de dominación es, precisamente, la

(sigue en p.14)

EN EL SUMARIO

- Pasado y presente de la doctrina Carter
- Los imperialismos preparan la guerra
- Carta de España (3)
- La guerrilla venezolana: De la sierra al parlamento
- La siniestra cara de la democratización peruana
- Delicias del "socialismo" cubano

La destrucción de las FF.AA.,

(viene de p. 1)

de las relaciones sociales, además de haber echado las bases de una industria nacional, estos movimientos reformistas burgueses nunca han ido muy lejos, ante todo por haberse quedado, al fin y al cabo, en el marco de una transformación "desde arriba" de la sociedad por temor a que la movilización consecuente de las masas trabajadoras, único factor de una solución *radical* de la transformación burguesa, produjera un incendio social que no hubieran podido controlar. Pero, incluso la vía reformista "desde arriba" exige el empleo de este factor esencial de toda transformación historica : *la fuerza*.

El apoyo de ciertos sectores de las FF.AA. y la movilización de las masas trabajadoras tras sus vagas promesas de reformas sociales no bastaban para constituir esta fuerza indispensable para plegar a las clases tradicionales, naturalmente reacias a estas reformas, ya que, aunque preservasen lo esencial de sus privilegios, suponían tambien cambios en éstos. Por una parte, las clases tradicionales conservaban un peso determinante en el Estado y en las FF.AA., cuya *unidad* los reformistas siempre han respetado como un principio intocable; por otra, al mantener el movimiento de las masas trabajadoras *dentro de la legalidad*, le quitaban todo su potencial, que sólo puede desarrollarse en un terreno *subversivo*. Así, al llegar el momento del enfrentamiento inevitable con las clases tradicionales, los reformistas terminaban regularmente vencidos por ellas; y éstas sí, que para resolver el dilema histórico, no vacilaban en recurrir *a la fuerza* bajo la forma de los tristemente célebres golpes gorilas. Una fuerza que caía brutalmente no tanto sobre los impotentes reformistas burgueses, como contra las masas trabajadoras, inermes por haber sido atadas al carro de la legalidad institucional.

Ahora bien, sobre el telón de fondo de una sociedad ya arrastrada en las turbulencias del mercado mundial y de los primeros pasos de la industrialización, el soporte social de los golpes "de derecha" ha estado constituido no solo por los intereses del capital imperialista, sino también de una burguesía agroexportadora y *mercantil* ligada al comercio, a la banca y a la industria que siempre ha vivido en total ósmosis con el imperialismo y que, si bien no lo fue desde el inicio, rápidamente se fue transformado en la típica burguesía capitalista moderna, representando, entonces, fuerzas e intereses *burgueses*, aunque entrelazados con formas sociales arcaicas. Los golpes "de derecha", entonces, al situarse como garantes del statu-quo político y social, también debían hacerse los representantes e instrumentos oficiales de las tendencias contradictorias de esa sociedad en plena mutación y, por tanto, como la resultante de estas tendencias contradictorias era siempre la marcha hacia adelante de las transformaciones y modernizaciones burguesas, debían consolidar y continuar las reformas ya iniciadas por los gobiernos progresistas, aunque bajo una forma diferente de la preconizada por el reformismo, pues impulsaban brutalmente a una concentración del capital (y de la tierra) bajo la égida del capital imperialista. Esto significa, por supuesto, una presión sobre el pequeño y mediano capital nacional (que el reformismo pretendía resguardar), la liquidación terminante de la industria y del comercio pequeños y medios que constituía la base de la tan alabada burguesía nacional, que paga, así, el precio de su propia impotencia. Pero significa, sobre todo, una agravación inaudita de la explotación y la miseria de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo. Claro que esto, de ninguna manera, es el indicio de una regresión social, sino un efecto necesario de la *acumulación capitalista* bajo la única forma que resultó posible históricamente dada la impotencia de la democracia burguesa y que, precisamente está representada por las clases tradicionales y el imperialismo.

Es fácil comprender que las FF. AA. sean el instrumento típico de esta vía : sólo éstas son capaces del grado de centralización y disciplina (a las que tuvo que someter incluso a sectores de las mismas clases tradicionales) que supone el avance de la sociedad por este calvario.

El choque entre "progresismo" y "conservadurismo" llevó a que se acreditara la tesis de que éste había creado una "línea de fractura" en el seno de las FF.AA. y que sería indispensable para las clases trabajadoras, buscar el apoyo del primer sector contra el segundo, o sea, que habría que conquistar para la "causa democrática" a generales, coroneles y otros galoneados catalogados como "progresistas". Cuán desastrosa y trágica para las masas trabajadoras ha sido esta "estrategia", lo prueban los desenlaces sangrientos de todas las"experiencias" democráticas del género, sobre todo en la segunda posguerra, con el ciclo trágico que va del apoyo al régimen del coronel Arbenz a la "vía chilena al socialismo", basada en el apoyo de la oficialidad legalista. Pero, como si ello no bastara, ¡se sigue llamando a las masas trabajadoras a esta misma estrategia!

Aunque las FF.AA. reflejen en sus jerarquías las tendencias y divisiones que atraviesan a las clases dominantes a propósito del rumbo a imprimir para completar las transformaciones burguesas, éstas forman un bloque único y monolítico contra el proletariado y las masas explotadas de la ciudad y del campo. Y si bien los revolucionarios deben seguir atentamente las contiendas y tensiones que puedan surgir en el seno de éstas, ya que su desenlace influirá necesariamente de manera distinta sobre el movimiento social, según sea adoptada la solución de "derecha" o de "izquierda", ellos deben, sin embargo, educar al proletariado en la idea de que no hay ninguna"línea de fractura" entre oficiales "progresistas" y "conservadores" en lo que concierne a su posición para con las masas trabajadoras : ambos comulgan en el mismo ideal de defensa del orden contra la mas mínima amenaza de una verdadera revolución social. Los revolucionarios llamamos a la clase obrera a luchar, a la cabeza de los explotados de la ciudad y del campo, tanto contra los milicos y burgueses "de derecha" como contra los "de izquierda", y denunciamos como contrarrevolucionarios a los que ven en éstos últimos a un posible aliado.

Pero, ¿acaso debemos deducir de ello que los revolucionarios deben volver las espaldas a las FF.AA. y condenar todo trabajo en su dirección a fin de conquistar al menos a una parte de la *fuerza armada* de éstos? ¡Por supuesto que no! Pero hay que comprender claramente *en qué sentido y dentro de qué límites* este trabajo y esta conquista representan, efectivamente, un problema que, en determinadas circunstancias, es *crucial*.

"Las FF.AA. proporcionan, en general, una imagen de la sociedad de la que están al servicio" - escribe Trotsky en la *Historia de la revolución rusa - "y se caracterizan por* expresar relaciones sociales en forma condensada, llevando al extremo los rasgos negativos de éstas". Es bajo este *doble* enfoque, dialécticamente contradictorio, que el marxismo considera a las FF.AA., denunciando su *función histórica* que sólo puede ser *una :* la de servir a las clases dominantes, y reconociendo su *composición social*, en la que se reflejan y expresan, precisamente en "forma condensada", los antagonismos inseparables de la *sociedad de clase* de la que funcionan como baluarte. *Bloque único,* jerárquicamente organizado para la defensa del orden constituido y, por tanto, con la boca de los fusiles apuntada contra las masas proletarias y semiproletarias, las FF. AA., según el marxismo, deben ser *despedazadas*, despedazándose sus componentes sociales. En otras palabras, deben ser *destruidos* los lazos, funcionalmente conservadores, que mantienen unidos a sus componentes por medio del terrorismo de la jerarquía militar, y que hacen de su componente proletario el partícipe de la represión de su propia clase. Sí hay, entonces, una línea de fractura en las FF.AA. : la que pasa entre su *base* proletaria y semiproletaria y la oficialidad globalmente al servicio de la defensa del capital.

Así, el trabajo de los revolucionarios no está orientado hacia las FF.AA. en general, sino, por el contrario, hacia los proletarios y semiproletarios que son obligados a vestir el uniforme de soldado y que, en la alternancia de las situaciones sociales, actúan o pueden actuar sucesivamente ora *contra* sus hermanos de clase de civil, ora *contra* la máquina lanzada contra aquéllos.

La entidad "FF.AA." es una *terrible realidad* desde el punto de vista burgués y una *abstracción fatal* desde el punto de vista antiburgués. En escasa medida en París en 1871, en altísimo grado en Petrogrado en 1917,esa abstracción y esa realidad se hundieron. No hubo Comuna ni, con mayor razón, Octubre que haya visto a las FF.

primer paso de la revolución

AA. (con generales, almirantes, coronel es a su frente) "hacer la revolución"; pero sí vieron a soldados y marineros sublevarse contra las jerarquías oficiales del ejército y de la marina, *destruir la organización de éstos* y pasarse del lado del anti-Estado burgués y de sus FF.AA., o sea, del lado de la clase revolucionaria, invirtiendo, así, la dirección de los fusiles y cañones, acompañados también de algunos hijos de la clase dominante, de algunos oficiales, *rarísimos* desertores de su clase, preciosos, precisamente porque *tránsfugas*.

Exactamente como el *pueblo*, de cuya composición social heterogénea son el espejo, *las FF.AA. son una categoría* (¡pero una categoría armada!) *del arsenal ideológico burgués*. Plantaban "árboles de la libertad" en 1848 en París, garantizaban la democracia de los Goulart, los Cámpora & Cía., y hasta la vía al socialismo de un Allende no hace mucho. Eran la consagración de la "fraternidad", de la unión entre las clases, de la concordia nacional, ingredientes indispensables de una revolución (o *suplemento* de revolución) *burguesa*, y, por eso mismo, un engaño fatal, preludio del junio maldito de 1848, de abril de 1964, septiembre de 1973, marzo de 1976... Los que cultivaron este engaño o se han dejado arrastrar por él, prepararon, conscientemente o no, aquellas tremendas derrotas, y vuelven hoy a ser los mercaderes de aquel mismo engaño.

Contra toda esta gentuza, los revolucionarios deben plantear claramente que el proletariado debe luchar para *destruir* a las FF.AA., no para buscar en ellas el apoyo imposible. Su destrucción es el *punto de partida necesario* de la revolución proletaria, y, para llevarla a cabo, hay que prepararse y preparar a los proletarios *desde ya*, para despedazar la falsa unidad entre milicos "progresistas" y masas trabajadoras y construir *sobre las ruinas de las FF.AA.* la única unidad que la revolución necesita para vencer toda resistencia : *la unidad entre proletarios de civil y proletarios de uniforme contra el frente burgués atrincherado en su ciudadela, el Estado de clase.*

Si esta unidad es crucial para la victoria de la lucha revolucionaria final, su necesidad está planteada, asimismo, *por la misma lucha inmediata* (por ejemplo, el democratísimo Perú de hoy día), a fin de no dejar a la represión burguesa las manos libres para lanzar la tropa contra los trabajadores en lucha por la defensa de sus condiciones de vida y de trabajo. Urge, pues, empezar desde ya el arduo trabajo de constituir esta unidad, trabajo que nunca ha sido realizado consecuentemente en Latinoamérica.

Pasado y presente de la doctrina Carter

El capitalismo americano necesitó más de dos siglos de existencia vital y siempre en expansión para encerrar en su red de producción y de cambio un territorio casi tan grande como toda Europa (incluída la Rusia europea) y para hacer de esta red un todo unitario, desbordar inmediatamente mucho más allá de los límites de su continente y dictar su ley al conjunto del planeta. Pero, en cambio, sólo un poco de materia gris le bastó para formular y difundir, bajo los nombres de sucesivos presidentes, una serie de cócteles ideológicos, pomposamente bautizados doctrinas, cócteles de proporciones variables hechos a base de "agua bendita, alcohol, contrabando y cocaína" (1) - como ya escribíamos hace 30 años.

Dichas doctrinas jalonaron el ascenso continuo de una burguesía rechoncha, habituada a razonar más en términos de negocios que de ideas, pragmática más que filosófica, pero que de todos modos no ignoraba el atractivo que ejercen estas combinaciones bien dosificadas de realismo y de idealismo, de usura y de caridad cristiana, de robo a mano armada y de filantropía, de miseria presente y de sueños de prosperidad futura.

Hay en ellas, un rigorismo lleno de devoción que sólo puede remitir a los proletarios al vínculo establecido por Marx entre capitalismo y protestantismo, religión que fue la campeona del aumento máximo de los días de trabajo y de la disminución de los feriados, de la glorificación del trabajo de la mayoría a favor del ocio de la minoría.

La constante de todas estas doctrinas siempre ha sido la de presentar *dos caras*, del mismo modo que la estatua de Jano en la antigüedad : *la paz* que ésta anunciaba preludiaba la guerra y *la libertad* declarada escondía la esclavitud.

En 1823, Monroe anunció la doctrina que lleva su nombre y que prohibía la intervención de toda potencia europea en los Estados independientes de América *"con el objetivo de oprimirlos o de controlar de algún modo su destino"*. Era la justificación por adelantado del monopolio que los EE.UU. se reservaban primero en el terreno del exterminio de los bisontes y de los indios y luego en el de *"la opresión o el control"* de los Estados hermanos de ambas Américas ; era el preludio místico de un siglo que conocería su apogeo bajo la bandera de garrote (*"big stick"*), doctrina presidencial de Theodore Roosevelt.

En 1917, Woodrow Wilson proclamó *urbi et orbi* su doctrina de caridad, de justicia y de paz. Sus catorce puntos santificaron como un maná celeste, los millones acumulados a través de la especulación sobre la guerra extranjera y también los que los EE.UU. se proponían sacar de su propia participación en la guerra y, sobre todo, de su *propia paz*, teniendo como materia prima en ambos casos, la sangre y el hambre de los hombres

En los años treinta, los discursos familiares de Franklin D. Roosevelt reemplazaron los cursos doctorales, para regocijo de los intelectuales de izquierda y del oportunismo obrero. Se trataba de aceitar los engranajes de una repetición a gran escala de la experiencia wilsoniana, es decir, la guerra encarada como el negocio por excelencia, negocio de los negocios.

En 1947, una vez que el holocausto había sido consumado, le tocó a Harry Truman el turno de adoctrinar al mundo : se trataba de *"manejar el dólar de manera de destruir, zona tras zona, la influencia rusa"*. Para rodear esta baja tarea de una aureola altruísta, se movilizó cielo y tierra, la santa Biblia y la Declaración de los derechos del hombre, la moral evangélica y el humanitarismo democrático. Que no se nos objete que no hayamos vuelto a abrir el templo de Jano inmediatamente después : apenas habían transcurrido cuatro años cuando el cañón volvía a tomar la palabra y, nuevamente, abría la vía a una cadena prácticamente ininterrumpida de intervenciones militares, limitadas o extendidas, directas o indirectas, en Asia o en Africa, en Medio Oriente o en América Latina mientras que, ya sea a través del plan Marshall o del plan Wallace, aparecía en escena *"un nuevo personaje, el oficial de justicia internacional"* cuyos poderes, para citarnos a nosotros mismos, una

(sigue en p.12)

Los imperialismos

Desde el fin de la segunda guerra mundial, y en perfecta coherencia con el marxismo, nuestra pequeña organización ha denunciado la falsedad de las patrañas burguesas según las cuales, después de la derrota de los "monstruos" nazifascistas, se habría abierto un período de "progreso" pacífico y permanente. Nunca como hoy la realidad del régimen capitalista nos da la razón y demuestra la incapacidad de este sistema social para resolver sus propias contradicciones económicas y los conflictos interestatales. Tal como se ha dicho en los últimos años en las páginas de nuestra prensa internacional, ya se ha iniciado una fase en la que los diversos imperialismos se preparan para una guerra general.

El ataque chino contra Vietnam, la decisión de la OTAN de colocar los nuevos misiles americanos de mediano alcance, la decisión americana de construir una "fuerza de intervención rápida" en los puntos candentes del globo (Medio Oriente, etc.), la modernización del potencial nuclear inglés y francés, el entrecruzamiento de las flotas militares de los principales imperialismos en el Océano Indico, todos estos son hechos (y nos referimos solamente a los más notorios) que demuestran cómo la perspectiva de una guerra imperialista ya no forma parte de un horizonte lejano e indefinido.

Apenas un año más atrás, cuando nosotros anunciábamos esta realidad cristalina, lo hacíamos enfrentándonos a las fábulas ultramachacadas de la "irreversibilidad de la distensión", de la "imposibilidad de la guerra" a causa del carácter destructivo de las armas modernas, del carácter "pacífico" y "progresista" de la democracia y del supuesto "socialismo", ideología que imperaba, incluso, dentro de la ex"-extrema izquierda". Hoy en día, en cambio, los medios de comunicación y los intelectuales seudorrevolucionarios no pierden ocasión alguna para agitar el espectro de la "guerra total" que corre el riesgo de hacer naufragar las esperanzas de progreso, las "conquistas" sacrosantas de más de treinta años de "paz", los "valores morales", "humanos" y así sucesivamente, sobre los cuales se apoya la deliciosa sociedad presente. Lejos de corresponder a la maduración real de las contradicciones imperialistas, este bombardeo sicológico corresponde, por el contrario, a la necesidad política de la burguesía de preparar "moralmente" al proletariado para el momento en que la guerra esté *realmente* a la orden del día.

LA "ESTABILIZACION" AFGANA

Más allá de las consideraciones que se puedan hacer acerca de la intervención soviética en Afganistán (cfr. *El Comunista* nº 32), es importante subrayar que se trata de una *ruptura* en el modus vivendi que se instauró entre las dos superpotencias en Yalta. Al instalarse directamente en Kabul, la Unión Soviética ha anexado a sus cotos de caza un pequeño Estado que aunque esté situado en sus confines no forma parte del botín que Stalin se aseguró en aquella ocasión, cuando Moscú y Washington, a costa no solo de los vencidos, sino también de sus "aliados", tal como Inglaterra, se repartieron las zonas de influencia respectivas.

La maniobra del Kremlin, no está exenta de riesgos dadas las fricciones que existen en el Pacto de Varsovia y la inevitable repugnancia de los occidentales al ver que las botas rusas avanzan hacia los mares cálidos y hacia las mejores reservas petrolíferas del mundo. Aun así, esta maniobra ha sido concebida y realizada sabiendo que la aceleración de las contradicciones a nivel internacional ha alcanzado un punto en el cual las presiones diplomáticas se muestran cada vez más insuficientes debiendo ceder su lugar a otro modo de conseguir los objetivos fundamentales de seguridad y expansión, es decir, el militar, que no es otra cosa que la continuación de la política y de la diplomacia "por otros medios" (Clausewitz) (1).

En el fondo, los desplazamientos navales americanos, franceses, ingleses y rusos en las cercanías del Golfo Pérsico no tienen un significado diferente. Si todavía no son operaciones bélicas, son sin lugar a dudas, operaciones militares; algo menos que la guerra, pero algo más que acciones diplomáticas : son la amenaza de la guerra en el caso en que los objetivos fijados no puedan ser alcanzados por otras vías.

A medida que la crisis económica internacional y las consiguientes contradicciones entre Estados se profundizan, el choque de los intereses contrapuestos asume formas cada vez más violentas. Se desatan entonces situaciones en las cuales la violencia potencial (la diplomacia) ya no basta, y se inician verdaderas operaciones militares y bélicas. Pero si analizamos los dos episodios principales de este tipo que ocurrieron recientemente, es decir, la "lección" china a Vietnam y la "estabilización" afgana por parte de los rusos, vemos que se trata de manifestaciones militares de carácter y fines todavía *limitados*, con el objetivo de interrumpir situaciones que tiendan a escapar a su control, o bien a conseguir ventajas, mientras sea posible, en la perspectiva de un choque general ya inevitable, pero no tan próximo como para poder ser suscitado directamente por la acción que acaba de ser realizada.

LAS ALINEACIONES IMPERIALISTAS

Las consideraciones precedentes son relativamente obvias; en cambio, es arduo dar una previsión fundada de la evolución de las alineaciones imperialistas a más largo plazo. En realidad, su principal característica es su *fluidez* extrema.

En el campo occidental, si se exceptúa a Gran Bretaña (cuyas áreas de interés fundamental son aquellas en las cuales los EE.UU. la superaron como imperialismo dominante después de la última guerra), el imperialismo americano no posee actualmente aliados seguros. Mas aún, países como Francia y Alemania Occidental han demostrado abiertamente su impaciencia respecto a la política americana actual. Tal como lo ha afirmado Schmidt, la política estadounidense no tiene en cuenta los intereses europeos.

La estrategia americana además de tender a crear un frente antirruso lo más amplio posible, tiene el claro objetivo de favorecer un futuro desemboque militar cuyo teatro fundamental se desarrolle en Europa, la que sería arrasada por la guerra. Así, serían los países europeos, y Alemania en especial, quienes sufrirían el primer golpe y suministrarían a las tropas americanas una base operativa que evitase al suelo norteamericano, por lo menos en el primer tiempo, las consecuencias más desastrosas de un conflicto generalizado. En el fondo, este es el objetivo del desplazamiento de los misiles *Pershing 2* y de los *Cruise* a Europa. Al final de la guerra, la potencia económica de la CEE sería así derrotada junto al coloso ruso.

De aquí resulta la repugnancia europea a seguir servilmente las piruetas diplomáticas de Carter, a pesar de que países como Francia, y aún más como Alemania Occidental, sigan teniendo interés, por ahora, en no renunciar a la cobertura protectora del atlantismo: de este modo, pueden aumentar sus exigencias en las negociaciones con Moscú y aplicar el principio estratégico, viejo como el mundo, según el cual el "aliado" más lejano es siempre preferible, en tiempos normales, a un vecino más poderoso, y constituye su contrapeso necesario.

En el Pacto de Varsovia existen problemas análogos. Aparte de la referencia obvia a la desleal Rumania, se puede citar la preocupación polaca (compartida por otros países del este, entre los cuales se encuentra Alemania Oriental) frente a un eventual acuerdo Bonn-Moscú, lo que no podría lograrse sin un reparto de las zonas de influencia ruso-alemanas en Europa Central y en los Balcanes.

En el Extremo Oriente están las ambigüedades de Japón, cuyas simpatías filochinas no son en realidad irreversibles, incluso porque la posición de Japon (que después de todo tiene importantes vínculos económicos con la URSS) es por lo menos tan delicada como la europea, tanto desde el punto de vista diplomático como militar.

Pero, *precisamente por su fluidez*, la situación internacional presenta características que vuelven imposible por un tiempo (quizás no muy largo, medible en años) el desencadenamiento de un conflicto general : *"La guerra no nace instantáneamente, y no se expande en un abrir y cerrar de ojos"* (Clausewitz, *De la guerra*). Y ademas, *"la cooperación de los aliados no depende de la voluntad de los beligerantes; es una característica de las relaciones políticas el hecho de que esta cooperación sólo intervenga a continuación, o que se refuerce para restablecer el equilibrio comprometido"* (Ibid.). Esto implica también que, tal como la historia lo ha demostrado muchas veces, los aliados pueden transformarse en su contrario. Y la política de las alianzas

preparan la guerra

en las guerras imperialistas modernas es de importancia fundamental, porque el control de las fuentes energéticas, de las rutas marítimas, de los espacios aéreos, la necesidad de realizar operaciones en áreas lejanas de sus propios confines, exigen las alianzas más vastas y ramificadas posibles(¡piénsese en los esfuerzos actuales de los EE.UU. para obtener bases operativas en los alrededores del Golfo Pérsico!). Aunque más no fuese por este solo motivo (pero hay otros, como la insuficiente preparación militar, la necesidad de predisponer durante mucho tiempo a la "opinión pública", etc.) un conflicto mundial no está a las puertas, a pesar de haberse aproximado considerablemente en el tiempo.

EL PAPEL DEL PACIFISMO

Pero, ¿por qué insistir tanto sobre el carácter no inmediato de la perspectiva de la guerra? Por secundario que pueda parecer, esto asume una clara importancia si se piensa en el juego político que la burguesía está realizando dentro de los diferentes Estados. Hoy en día, el tono ha cambiado y ya no concierne a la producción de los mitos paradisíacos de la marcha de la "civilización" y del "bienestar",sino a la agitación de horrendas perspectivas de destrucción que aniquilarían decenios de "sacrificios" consentidos para mantener en pie la barraca común. El objetivo es el de demostrar, día tras día, que la "paz",pendiente de un hilo muy frágil, tiene, a pesar de todo, muchos defensores acérrimos.

Sin embargo, y esto es lo que se quiere meter en la cabeza de los obreros, la paz está amenazada, sea por causas de fuerza mayor, sea por causa de sórdidas maniobras de gobiernos irresponsables y esquizofrénicos (2).

En suma, se trata de convencer a los proletarios de que si tantos años de sacrificio, de "conquistas" y de"libertad" se derrumbarán estrepitosamente con los estragos de la guerra, la responsabilidad no incumbe (en el Oeste como en el Este) al sistema social presente, sino a la fatalidad histórica o a nuevos Hitler, o, *mejor aún*, (pero una cosa no excluye la otra), al "otro" sistema social. *En suma, se trata de salvar, independientemente de quién venza en la próxima matanza mundial, el capitalismo que reina de ambos lados de la "cortina de hierro".* Para eso necesita llevar al proletariado a la guerra haciéndole creer que "su" sistema, "su" gobierno, y "su" partido han luchado por la paz, y que lo invitan al frente únicamente para salvar, precisamente, conjuntamente con esta misma paz, todas las delicias de la sociedad burguesa.

No es por casualidad si, a nivel europeo, el papel principal en este sentido está asumido por los "representantes de la clase burguesa en el seno del proletariado" (Lenin), por los falsos partidos obreros, por la socialdemocracia (Alemania) y por los partidos stalinistas destalinizados (Italia, España, etc.), y por los sindicatos nacionales (en el verdadero sentido del término).

Por todo eso, nosotros, los "catastrofistas", decimos a los obreros : así como era falsa la mitología de la paz eterna, es hoy falsa la campaña por una paz burguesa en un mundo erizado de conflictos burgueses. El proletariado en cuanto clase no puede resignarse a la "paz" burguesa ni a la guerra imperialista. Así como la burguesía y el oportunismo se preparan a ponerle un fusil al hombro para batirse por "su" clase dominante, usando para eso una fraseología pacifista, el proletariado debe prepararse para rechazar el pacifismo y para destruir, conjuntamente con el capitalismo y sus lacayos, el holocausto del proletariado en los campos de batalla imperialistas y en las galeras del trabajo asalariado.

---

(1) No se trata de una decisión nacida de la noche a la mañana, como lo confirma el hecho de que un adecuado número de funcionarios soviéticos que conocían perfectamente la situación y la lengua afgana (evidentemente instruidos *desde hacía tiempo* con ese objetivo) se instaló en los centros neurálgicos del aparato estatal de Kabul.

(2) Dicho sea de paso, Europa misma es la que hoy, con la única excepción de Inglaterra, tiende en su conjunto a asumir un supuesto papel pacifista y neutralista. En realidad, los principales países europeos no están listos para la guerra, todavía no han elegido definitivamente su campo, ni están dispuestos a renunciar a pingües negocios con el campo "socialista" en nombre de la política americana. Por eso es que se esfuerzan mucho en explotar políticamente esta situación para presentarse ante su propio proletariado como los más convencidos partidarios de la "distensión". Pero esto no es más que la manera específicamente europea de prepararse para la guerra.

EL PROGRAMA COMUNISTA

nº 33

- ¡ACUERDATE DE LAS DOS GUERRAS IMPERIALISTAS!
- SIGUIENDO EL HILO DEL TIEMPO: Introducción - La "invariancia" histórica del marxismo - El falso recurso del activismo - Teoría y acción - El programa revolucionario inmediato - Las revoluciones múltiples - La revolución capitalista occidental.
- LA CUESTION AGRARIA. ELEMENTOS MARXISTAS DEL PROBLEMA (y II).
- EL VOLCAN DEL MEDIO ORIENTE: El largo calvario de la la transformación de los campesinos palestinenses en proletarios.
- NOTA DE LECTURA: ETA, o la imposible amalgama de nacionalismo y comunismo.

Delicias del 'socialismo' cubano

Según *Le Monde* del 11.4.80, en un discurso reservado exclusivamente a los cuadros del partido, Fidel Castro manifestaba su preocupación por la situación de la economía cubana.

Evidentemente, las cifras son significativas. En 1979, la productividad creció un 0,8 % contra un 4 % previsto para ese año (¡miseria de la planificación "socialista"!) lo que hizo bajar las expectativas para el plan de 1980 que actualmente prevé un 3 % de crecimiento (tal como el resto del mundo capitalista) en lugar del 6 % que habían sido anunciados con anterioridad. Lo mismo ha ocurrido con el PNB que en 1979 sólo creció un 4,5 a. 5 % contra el 6 % previsto (*Le Monde*,30-31.12.79).

En este mismo periódico se comenta que H. Perez, miembro del partido comunista cubano y presidente de la junta central de planificación, ha anunciado entre las medidas a ser tomadas, además de la economía de energía, la desocupación técnica, vuelta necesaria como resultado de la limitación de la producción que afectará sobre todo a la construcción. Las víctimas de estas medidas percibirán del Estado el 70 % de sus salarios, claro que tendrán la posibilidad de sumar a esta cifra otros ingresos provenientes de trabajos anexos (?!).

Este señor, insatisfecho con los resultados obtenidos, se ha quejado de "*la indisciplina económica y financiera y la mala utilización de la jornada de trabajo*" (*Le Monde*,30-31.12.79).

No es por casualidad que el gobierno cubano, por primera vez en 15 años se ha visto obligado a subir los salarios. Se ha efectuado una vasta reforma del sistema salarial que prevé alzas de salarios que van del 14 al 40 %, abriendo así el abanico de categorías para permitir, dicen en La Habana, "una mejor eficacia de la economía". El salario máximo sólo es aumentado para los técnicos (de 350 a 450 pesos) y los dirigentes (de 325 a 450 pesos ellos también) (*Le Monde*, 27.3.79).

El malestar social es evidentemente sentido por el mismo Fidel quien pregona el mantenimiento de las grandes conquistas de la revolución sobre la base de sudor, sangre y lágrimas y promete a todo aquél que no se someta a estos sacrificios "prisiones aun más numerosas" que se llenarán, evidentemente, con "contrarrevolucionarios"(*Le Monde*, 11.4.80).

Las grandes consignas de la Revolucion cubana ya empiezan a hacer agua, la planificación "socialista" ya no puede ocultar la anarquía del capitalismo cubano, y las proclamas contra los enemigos del "socialismo" no podrán evitar que se manifieste en forma abierta, finalmente, la lucha de clase.

* *
*

CARTA DE

La LCR y la democracia,

En cierta medida, España ha cumplido un doble papel desde el punto de vista del movimiento obrero. En cuanto país capitalista desarrollado ha demostrado a la Vieja Europa la vía de su propio futuro, desencadenando abiertamente y con gran agudeza los antagonismos de clase que aún permanecen contenidos en los viejos centros imperialistas. En cuanto país que ha sufrido un acelerado proceso de industrialización en los últimos veinte años y que desconoce sólidas tradiciones democráticas, España muestra también la vía de su propio futuro, no solo al proletariado, sino también a la burguesía de los países latinoamericanos que conocen hoy en día la crisis económica y social tras una fuerte industrialización sin los paragolpes políticos y sociales que el Viejo Continente ha podido erigir en el curso de más de un siglo.

La agudeza de los antagonismos sociales ha llevado a todas las fuerzas políticas a cristalizar sus posiciones con una velocidad proporcional al ritmo de los acontecimientos. No es de sorprender que las dos grandes corrientes de la llamada "extrema izquierda", es decir,la trotskista y la maoísta, debiesen revelar aquí hasta sus extremas consecuencias las orientaciones que hace un decenio ya defendían en filigrana.

En este artículo nos detendremos en la LCR, sección española de la IV Internacional,que resultó de la fusión de la vieja LCR y de una escisión de ETA.

DOS AMALGAMAS IMPOSIBLES

En 1962, el Secretariado Unificado de la IV Internacional había inscrito en su programa para España "la democracia parlamentaria y la Asamblea Constituyente", presentándolas "como un subproducto de un alza revolucionaria del proletariado", no como el terreno específico de la caída del movimiento obrero en el pantano de la colaboración de clases. En sus ilusiones *centristas*, el trotskismo pretendía que el jinete de la revolución montase sobre el caballo de la conservación social.

En agosto de 1976, en el I Congreso de la LCR-ETA (VI), el "subproducto" se confunde ya con el "producto". Aunque sus resoluciones ponían en guardia contra el hecho de identificar la "revolución permanente" con "el combate consecuente, *hasta el final*, por la democracia", afirmaba que "las tareas democráticas y las tareas socialistas están íntimamente entrelazadas desde el primer momento". Al lanzarse con todas sus fuerzas en el pantano democrático, la LCR pensaba intensamente en la Revolución... Peor aún: emitía la consigna de un "Gobierno de los Trabajadores" que habría de plantear *"el problema del poder de una forma accesible ante las masas"*, es decir, como *"puente entre* los inicios parlamentarios (!) *de la revolución socialista y la formulación popular de la dictadura del proletariado"*. La revolución proletaria no se *iniciaría* con la violencia insurreccional y la destrucción del Estado burgués, sino en el terreno parlamentario.

Todos los factores del despeñamiento democrático de la LCR ya estaban listos desde entonces.

Pero así como no podría existir revolución proletaria que no cabalgase sobre la democracia, tampoco podría existir sin la montura constituida por las fuerzas contrarrevolucionarias de la socialdemocracia y el stalinismo (los llamados"partidos obreros") y los sindicatos de colaboración de clases. Mas aún, la *imposible* alineación de unos y otros en el terreno de la lucha *de clase* sería, para esta corriente, una condición *indispensable* de la acción revolucionaria. La LCR hizo de esta quimera paralizante el eje de toda su acción política,aportando a esas fuerzas una caución que trababa la ruptura para con ellas de sectores de obreros que tendían a liberarse de su influencia adormecedora.

En marzo de 1976, cuando la constitución de "Coordinación Democrática", es decir, del "interlocutor válido" del franquismo para coordinar las etapas de la democratización, la LCR llamó a otro"frente único contra la dictadura" (*Combate* nº 49) que estaría constituido por "partidos obreros, sindicatos democráticos y organizaciones nacionalistas revolucionarias".

Con esta perspectiva y en *nombre de "la libertad con mayúscula"*, defendió en noviembre del 76 el boicot al referéndum constitucional que abrió la vía a la reforma democrática del Estado, llamó a conquistar ("revolucionariamente", por cierto) las elecciones a una Asamblea Constituyente Republicana gracias a movilizaciones de masas, a la "disolución (?) de los cuerpos represivos" (Guardia Civil, Policía Armada, etc.) y a la "depuración (!) del Ejército, la Magistratura y la Administración Pública". La revolución habría de necesitar una democracia "no represiva", depurada por la acción higiénica de las masas obreras.

UNA PARABOLA INEVITABLE

A medida que avanzaba la reforma institucional, que los"partidos obreros" se integraban en el Estado y en todo el juego parlamentario, la LCR se adaptó al curso de los acontecimientos. Tras las elecciones de junio de 1977, que llevaron al PCE y al PSOE al Parlamento, la LCR levantó, junto con las consignas anteriores, la bandera de un gobierno de ambos partidos, encarnación del "Gobierno de los Trabajadores". Poco a poco, y siguiendo el ritmo de los sucesos, la demagógica "movilización revolucionaria de las masas" cedió el paso al inevitable desplazamiento de su "agitación" al terreno parlamentario.

Tras el Pacto de la Moncloa, verdadero programa único de la democracia blindada firmado por los partidos "obreros" y apoyado por los sindicatos oficiales, la LCR reaccionó lamentándose de que el Pacto no abriese la vía a un gobierno "obrero" de esos dos partidos que proclamaban abiertamente su voluntad de plegar a los trabajadores a las exigencias de la clase enemiga (*Combate*, 23/11/77).

En noviembre de 1977 ya se trata de"profundizar la democracia" (*Combate* nº 84). En el nº 85 de su órgano central, la LCR declaró abiertamente y sin tapujo alguno: *"Lo que interesa especialmente a los trabajadores de todo lo que puede ofrecer la democracia (...) es la posibilidad de conseguir unas condiciones políticas mejores para luchar por sus reivindicaciones, para pasar su período de aprendizaje político, para reforzar su nivel de movilización, organización y conciencia, para desarrollar embriones de democracia obrera (los sindicatos, los partidos obreros, los comités de consejos y fábrica) en el seno de la democracia burguesa"*. La revolución resultaría de la metamorfosis gradual de la democracia misma. Se trata de una clásica declaración banal de *reformismo bernsteniano* que un Turati habría firmado con los ojos cerrados, pues no existe mejor apología de la democracia burguesa y de la obra contrarrevolucionaria de la socialdemocracia y del "eurocomunismo".

¿Cómo sorprenderse, pues, de que la LCR haya participado en una reunión conjunta con *todo* el espectro democrático (incluido el *partido gubernamental* de Suárez) en junio del 78 y que fuera convocada por el PCE para debatir acerca de la "defensa de la democracia" en nombre (¿cuándo no?) de la lucha"contra el fascismo"? ¿Cómo sorprenderse, pues, de que la LCR haya rechazado la Constitución española con el argumento, que revela todo su cretinismo democrático, de que "el pueblo"no tuvo una participación activa en su redacción y de que ella *"no vuelve posible legalmente la*

ESPAÑA (3)

cuatro años después

transformación socialista de la economía" (Combate nº 130)?

Días después (noviembre de 1978), y ante un complot militar de pacotilla contra la democracia de algunos nostálgicos retardados del franquismo, la LCR lanzaba su programa de lucha contra el fascismo a través de la *defensa* de la democracia española (muy revolucionaria, como todos saben) y por medio de la "depuración(!) de arriba a abajo de todos los elementos reaccionarios del Ejército y de las FOP". Ya no se trataba de "disolver"(?) las fuerzas de represión, sino de "depurarlas" a ellas también...

En enero de 1979, y ante las elecciones generales, una vez adoptada por referéndum la Constitución monárquica (a propósito: la reivindicación republicana de la LCR, inseparable de una democracia concebida metafísicamente como un "subproducto" de un auge proletario, se transformó luego en la demanda de un... ¡referéndum para determinar democráticamente la forma del Estado!), la LCR levantó un programa actualizado y "terriblemente revolucionario", cuyo objetivo sería el de "vencer a UCD", lograr la "unidad obrera en el Parlamento" y "un gobierno de izquierda". Para eso, presentó candidatos con el propósito de "que se oiga en el Parlamento una política constante de presión y una exigencia unitaria al PSOE y al PCE, una política que plantee que ellos deben presentar su candidatura a un Gobierno de unidad obrera": en suma, para que los lacayos oficiales de la burguesía cuenten con "buenos" *consejeros políticos* muy cerquita de ellos.

Poco más tarde, en abril de 1979, cuando las elecciones municipales, la "autogestión revolucionaria" tan cacareada se había concretizado en la reivindicación de "la autonomía y la democracia municipales" (en plena coexistencia con el Estado burgués) en la "hacienda municipal autónoma" (a cargo del presupuesto estatal), y esto porque la LCR "no considera a los Ayuntamientos exclusivamente como una tribuna de denuncia", sino como un terreno que debería permitir "satisfacer *todo el conjunto*(!) de reivindicaciones inmediatas de los trabajadores y el pueblo" (*Combate* nº 137 y 143). ¿Para qué, entonces, la revolución?

A LA RASTRA DEL NACIONALISMO

Conjuntamente con el "perfeccionamiento" de la democracia parlamentaria y el gobierno de los partidos "obreros" burgueses, el tercer eje de la orientación democrática de la LCR está dado por la cuestión de las nacionalidades. La cuestión nacional en España sería una palanca de la revolución socialista, y no un terrible obstáculo contra esta última; los movimientos nacionalistas "de izquierda" serían revolucionarios, parte constitutiva de la revolución social, y no una enorme traba a la unidad del proletariado español; la reivindicación nacional sería propia de la clase obrera, y no estrictamente burguesa; el derecho a la autodeterminación debería ser exigido en función de la "soberanía nacional", y no de la lucha por la unidad de la clase obrera, contra la democracia burguesa y el nacionalismo.

También en el I Congreso de 1976, al querer realizar la imposible amalgama entre democracia y socialismo, la LCR defendía ya un derecho a la autodeterminación, es decir, a la libre separación, que no estaba vinculada a la revolución proletaria, al derrocamiento del Estado burgués, sino al parlamentarismo, a la elección de "Asambleas Nacionales Soberanas", a la formación de Parlamentos por nacionalidad, poniendo así su ejercicio no en manos de la *clase obrera*, sino de la burguesía de las diferentes nacionalidades. Y terminaba levantando la bandera de un *Estado burgués federal* que habría debido asegurar "el libre desarrollo de cada nacionalidad y región", o sea, capitulando enteramente ante el nacionalismo.

Es importante señalar que la parábola nacionalista del trotskismo lo ha llevado a reivindicar las democracias periféricas otorgadas graciosamente por el Estado central como una nueva democracia "a profundizar", pudiendo a su vez transformarse en "embriones de democracia obrera": *"Es necesario que la Generalitat de Catalunya tenga plenas competencias en trabajo y economía, para poder afrontar realmente la lacra social del paro(...) El futuro Parlamento debe hacerse eco de la oposición de los trabajadores (a la política económica del gobierno). Debe velar por la defensa de los derechos sindicales y laborales elaborando un Estatuto de los Trabajadores de Catalunya"*, declara la plataforma electoral de la "extrema izquierda" firmada por la LCR para las elecciones de marzo de este año. Y ha ido hasta exigir la *independencia* de Euskadi (declaración de LKI a *Egin* del 12/9/79. La rodada cuesta abajo en la pendiente del nacionalismo burgués no podía tener otra conclusión.

La declaración del Comité Ejecutivo de Cataluña de la LCR, luego de las elecciones pasadas, ilustran y sintetizan cabalmente el abismo reformista a que la ha llevado la integración entre la férrea materialidad de las fuerzas sociales y sus propios principios oportunistas:

"El PSC no debe ser prisionero de Pujol (candidato burgués nacionalista) en la nueva Generalitat, ni el PSUC debe comprometerse a buscar nuevos pactos con la derecha. Ambos deben pasar definitivamente a desarrollar una política de firme oposición frente a la derecha, una política de unidad de la clase obrera para la que contarían con todo nuestro apoyo en la movilización de los trabajadores y el pueblo (!) de Catalunya. (...) Las fuerzas de los partidos obreros en los municipios debe reflejarse en una política unitaria que se sitúe claramente al servicio de la clase trabajadora. Desde allí y desde los sindicatos, las AA.VV., etc., debe levantarse la unidad, un amplio frente de oposición que permita no esperar ni tres ni cuatro años para echar a la derecha de la Generalitat; para, esta vez de verdad, GANAR CATALUNYA PARA LOS TRABAJADORES"(Combate nº 187, 26/3/80).

¡La unidad de clase lograda a través de los agentes de la burguesía en el seno del proletariado! ¡La democracia, el Estado burgués y la Nación al servicio de la clase obrera!

No es necesario ser un erudito de la historia del movimiento obrero para reconocer en la LCR de hoy el heredero directo del POUM de ayer, violentamente escarnecido por Trotsky. No tenemos, pues, nada que añadir a lo que decíamos tres años atrás(1):

"(Todos estos)ejes son los principios mismos del viejo *centrismo* "de izquierda" que pretendía conjugar la reforma del Estado con la revolución, el Parlamento con los Soviets, el liberalismo con el poder proletario, la socialdemocracia traidora con el movimiento revolucionario de clase, el seguidismo tras las ilusiones reaccionarias de las masas con la preparación del proletariado a sus tareas históricas, y a las inmediatas, el trotar detrás de la democracia y sus pilares obreros con el marchar a la cabeza de la Revolución Comunista.

"(Esta corriente) trata de 'adaptar' la lucha revolucionaria a los prejuicios y la 'moda' pequeñoburgueses, hacerla 'aceptable' para las capas influenciadas por las ideologías burguesas y reformistas, y adoptan la línea de la menor resistencia, que *siempre* es, a fin de cuentas, *la vía de la capitulación"*.

---

(1) *El Comunista* nº 7, julio de 1977.

La preparación revolucionaria exige el boicot

(viene de p. 1)

gués no es un arma neutra ; es un arma "inteligente", forjada y condicionada por la burguesía con una finalidad precisa e inmutable : servir a sus intereses de clase dominante. El Estado moderno se ha ido forjando y consolidando históricamente al servicio de la clase capitalista a través de reformas, revoluciones, golpes de Estado, alternancia de distintas fracciones de la misma burguesía, de regímenes militares y democráticos y de todas las vicisitudes de las luchas de clases, en las que fue apareciendo, de manera creciente y cada vez más amenazadora, el producto más genuino del capitalismo : el proletariado, cuya presencia influye gradualmente en ese proceso.

Por ello, y en base a la confirmación histórica de más de un siglo de luchas revolucionarias, el marxismo afirma que es imposible conquistar el Estado burgués y utilizarlo para la revolución proletaria. El *primer acto* de ésta es, por el contrario, la destrucción y demolición del Estado burgués hasta sus cimientos, y su reemplazo por un nuevo poder que centraliza y concentra la fuerza armada de la clase revolucionaria : el Estado obrero, que encarna la *dictadura proletaria* sobre la clase vencida. Esto implica la insurrección armada para la conquista del poder y la destrucción no sólo de las FF.AA., de la policía, del aparato judicial y gubernamental vigente y de toda su burocracia, sino también la de sus instituciones políticas, ante todo el Parlamento y los órganos "representativos" de la democracia burguesa.

La realización de este objetivo programático central - la *"constitución del proletariado en clase dominante"* - presupone la *"constitución del proletariado en partido"*. Este es el órgano indispensable para preparar, organizar y dirigir a la clase obrera en la lucha revolucionaria por el poder y, en seguida, ejercer la dictadura proletaria : así como la acción y la lucha proletaria revolucionaria son una acción y una lucha *de partido*, también la dictadura proletaria es una dictadura *de partido*, ejercida exclusivamente por el partido comunista.

LA PARTICIPACION EN EL PARLAMENTO

a) Europa

La cuestión de la participación en el parlamento siempre ha sido enfocada por el marxismo a partir de esta perspectiva de principio. Como las demás cuestiones de *táctica revolucionaria*, ésta (tal como su equivalente simétrico, el abstencionismo) debe ser aplicada *en función de la preparación de la clase obrera y su órgano dirigente, el partido*, para la lucha por el poder y por la dictadura del proletariado. Con este sentido, y por indicación del mismo Engels, esta táctica ha sido aplicada sistemáticamente por los partidos socialistas europeos, sobre todo a partir del último cuarto de siglo pasado, es decir, tras el cierre de la fase revolucionaria de la democracia burguesa, marcado por la guerra franco-prusiana y la Comuna de París 1870-71).

Entonces, se abría al capitalismo un largo período de acumulación amplia e intensa que alejaba por varias décadas la lucha revolucionaria por el poder. Se trataba, pues, de aprovechar este interludio - determinado por condiciones *materiales e históricas* - para educar y organizar al proletariado en función de la lucha por el socialismo y el comunismo. En otras palabras, se trataba de prepararlo política y organizativamente para lanzarse a la lucha por la dictadura proletaria *cuando la misma realidad histórica*, que entonces la alejaba, la pusiera objetivamente al orden del día al precipitar al mundo en la catástrofe de una crisis general a la que el capitalismo necesariamente debería llegar.

En esta fase, la participación en el parlamento en el área euroamericana debía cumplir una doble función coadyuvante en la constitución del proletariado en partido político independiente.

Por una parte, debía contribuir a que la clase obrera lograra diferenciarse de los partidos radicaldemocráticos burgueses, a cuya influencia el movimiento obrero, que recién estaba saliendo de la fase de *necesaria* lucha democrático-revolucionaria, seguía en gran parte sometido (1).

Por otra parte, la participación electoral-parlamentaria estaba destinada a combatir el *indiferentismo político* de los anarquistas, cuyo peso en el movimiento obrero era considerable : demarcarse de éste era otra condición indispensable para la constitución del partido de clase. Al preconizar la abstención de toda lucha política, el anarquismo dejaba, en realidad, la vía libre a la influencia política burguesa sobre el proletariado, el que estaba directamente interesado en ciertas reformas sociales y políticas que entonces la burguesía se proponía efectuar. Para decirlo con las palabras de Engels en una carta a T. Cuno (del 24. 1.1872), que en esa época trabajaba junto al proletariado italiano : *"llamar a los obreros a abstenerse de toda y de cualquier política en toda y en cualquier circunstancia es empujarlo en los brazos de los curas o de los republicanos burgueses"*.

Cabe recordar aquí que, en esa fase, nuestra corriente también preconizó la participación en las elecciones a fin de combatir el *abstencionismo* anarcosindicalista, que había surgido como reacción contra el reformismo de la derecha socialista, con el que al fin y al cabo, convergía en la idea de la neutralidad política de los sindicatos. Así, en las elecciones de 1913, llamó al proletariado a usar el *"arma del voto"* como medio para manifestarse *"contra el abstencionismo"* anarcosindicalista, que ocultaba la necesidad primordial del partido de clase y dejaba al proletariado a remolque de los partidos burgueses y clericales. Esto ya sería bastante para mostrar que, si en la III Internacional hemos preconizado la táctica abstencionista, ésta no tenía nada que ver con el indiferentismo de los anarquistas.

b) Rusia

En este país, la táctica del "parlamentarismo revolucionario" adoptada por los bolcheviques, quienes habían preconizado durante el ascenso revolucionario el boicot de la I y de la II Duma (1905-1906), se volvió necesaria para la agitación y la propaganda entre el campesinado, para demostrarle en la acción política la necesidad de la alianza revolucionaria con la clase obrera, contra la burguesía liberal (véase Lenin, "El boicot", *Obras*, t.XI). En épocas de reflujo, esta táctica era poco peligrosa desde el punto de vista de la preparación revolucionaria : bajo el zarismo la acción política de masa no podía dejar de plantearse en el terreno *insurreccional* ; no existía entonces una burguesía con profundas raíces sociales capaz de tejer sus redes institucionales y políticas en torno y en el seno de la clase obrera, y esto en un período histórico internacional en que no solo el oportunismo ruso (menchevismo), sino también el europeo no era dominante ; y, *last but not least*, existía un sólido partido bolchevique forjado en la lucha revolucionaria contra el oportunismo.

Y, sin embargo, en estas condiciones desfavorables al florecimiento del cretinismo parlamentario, los bolcheviques debieron luchar contra la adhesión de amplias masas capitaneadas por el menchevismo a la "democracia revolucionaria", la que incluso había contaminado a franjas dirigentes del Partido mismo en el período de febrero marzo de 1917 (contra la cual se elevaron las formidables "Tesis de Abril"). Más tarde, Lenin debió luchar encarnizadamente por la salida del Preparlamento contra las resistencias de sectores dirigentes del Partido, resistencias que se expresaron una vez más en vísperas de la Revolución de Octubre, la que, felizmente, disolvió por la fuerza a la Constituyente, barriendo así con todas las ilusiones parlamentarias.

Es útil señalar que el boicot preconizado por los bolcheviques ante la I y la II Duma estaba basado en la necesidad de combatir las ilusiones constitucionales entre las masas, ilusiones que estaban alimentadas por la actividad política de los mencheviques (véase Lenin, ibid.). ¡Y esto en un país donde las ilusiones parlamentarias y el oportunismo reformista eran más que incipientes, *insignificantes* cuando se las compara con la situación actual, tanto en Europa y EE.UU. como en América Latina!

LA DEGENERACION OPORTUNISTA DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Tanto en Europa como en Rusia, los marxistas ortodoxos debieron luchar contra otra desviación del movimiento clasista : el oportunismo reformista que, a diferencia del anarquismo, se desarrollaba en el mismo seno de los partidos socialistas. Uno de los factores que contribuyó al desarrollo de esta tendencia fue, precisamente, el ambiente democráticoparlamentario : junto a la burocracia que se fue sedimentando en las cúpulas de las organizaciones sindicales, los grupos parlamentarios socialistas, impregnados en gran parte por el *cretinismo parlamentario* contra el que ya Engels había tenido que luchar, actuaron como un transmisor típico de la peste reformista.

Desarrollándose sobre la base material de la expansión relativamente

de las elecciones y del parlamento

pacífica del capitalismo europeo, que permitía a la burguesía corromper a las capas superiores de la clase obrera - la llamada *aristocracia obrera* - con las migajas de explotación del globo, el oportunismo reformista, expresión de estas capas, preconizaba llegar al poder por la vía pacífica y parlamentaria, y alcanzar el socialismo gracias a una serie gradual y progresiva de "conquistas" parlamentarias y sindicales. Al arrastrar a una parte importante del movimiento obrero hacia el pantano del legalismo, el reformismo había carcomido progresivamente a los partidos y sindicatos obreros de Europa, los que se mantuvieron en una línea clasista y revolucionaria gracias a la predominancia del ala ortodoxa marxista (que fue la condicion de la aplicacion eficaz de la táctica participacionista).

Sin embargo, la eclosión de la primera guerra imperialista trastocó bruscamente esta alineación de fuerzas: revelando la profundidad de la gangrena oportunista, la casi totalidad de los partidos socialistas europeos cae en los brazos de sus respectivas burguesías imperialistas y, combatidos sólo por exiguos núcleos internacionalistas, arrastran al movimiento obrero a la defensa de la patria democrática y de sus infames instituciones liberales y parlamentarias. Terminada la guerra, la socialdemocracia reformista se pone a la cabeza de la contrarrevolución democrática contra la amenaza de la revolución proletaria (Alemania, 1918-19). Quedaba, así, trazada con la sangre de miles y miles proletarios la *línea divisoria de clase* entre reformismo parlamentario y comunismo revolucionario.

La bancarrota de la II Internacional, que desde entonces se volvió un pilar de la dominación mundial de la burguesía, imponía la reconstitución del movimiento obrero revolucionario a escala internacional, ante todo de su *órgano vital*, el partido de clase. Los núcleos revolucionarios que habían resistido al estrepitoso hundimiento de la socialdemocracia se hallaban ante la tarea de proporcionar de nuevo al proletariado mundial las bases no solo organizativas, sino también teóricas, programáticas y tácticas para su *constitución en clase*. Esto es lo que se proponían las fuerzas que, bajo el formidable impulso de la victoria proletaria en Rusia y la dirección de los bolcheviques, confluyeron en la formación de la III Internacional, la Internacional Comunista. A esto corresponden las tesis del II Congreso de ésta, su verdadero congreso constitutivo, reunido en Moscú en 1920 (del 19.7 al 7.8).

LA I.C. Y EL PARLAMENTARISMO REVOLUCIONARIO

Uno de los problemas contemplados por el II Congreso (3) ha sido el de la *táctica* a adoptar hacia las elecciones y el parlamento en el Occidente plenamente capitalista. Tratábase de determinar si era útil para la preparación revolucionaria del proletariado y la reconstitución de su partido el uso de la "tribuna" parlamentaria con el objetivo de movilizar a las masas *contra el Parlamento y el Estado*, al menos mientras no se tuviera la fuerza para destruirlo.

Dos *respuestas tácticas*, ambas fundadas en el mismo terreno de principio sólidamente marxista, fueron propuestas a esta cuestión : la de los bolcheviques, que admitía la utilización de los parlamentos en función de la preparación revolucionaria *antiparlamentaria* ; la de nuestra corriente (en aquel entonces, Fracción Comunista Abstencionista del PS italiano, que en 1921 constituirá el PC de Italia y lo dirigirá hasta 1923), que preconizaba la ruptura radical con el terreno parlamentario en los países de vieja tradición democrática y, por ende, sugería la táctica del *abstencionismo* en las elecciones.

El II Congreso adoptó las tesis de los bolcheviques, redactadas por Lenin y Bujarin y precedidas por una introducción de Trotsky. Los bolcheviques propusieron la táctica de la participación en las elecciones y en el parlamento como antídoto a la *enfermedad infantil del comunismo*, manifestación de una reacción *sana* al reformismo socialdemócrata pero que asumía la *forma nociva* del rechazo de la lucha política, la que identificaba a la lucha parlamentaria ; del rechazo de toda forma de acción legal, la que identificaba al legalismo ; y, por supuesto, del rechazo del órgano partido, considerado como instrumento de la "dictadura de los jefes sobre las masas".

Sin embargo, las tesis bolcheviques no solo consideraban a la actividad revolucionaria en el parlamento como *"un punto de apoyo subsidiario"* de la lucha de masas (*"el centro de gravedad"* - precisa la tesis 19 - *está en la lucha por el poder estatal conducida fuera del parlamento"*), sino que recordaban que ésta *no* era obligatoria *"en todas las circunstancias"* (t.17) : en determinadas circunstancias era el boicot, la abstención, la solución táctica a ser adoptada. La cuestión de participar o no en las elecciones y en el parlamento era, pues, una cuestión que debería ser resuelta *"concretamente..., partiendo del análisis de las particularidades específicas de cada momento determinado"* ; en otras palabras, en función de las exigencias concretas de la preparación revolucionaria del proletariado.

Además, conscientes de que el parlamentarismo históricamente ha sido un factor de corrupción del partido y del peso de las tradiciones parlamentarias *a secas*, los bolcheviques intentan evitar estos escollos mediante una explicación del contenido del "parlamentarismo revolucionario" (2, II, de 11 a 15) estableciendo, en un apartado especial (parte 3), una serie de 12 normas destinadas a asegurar *"la efectiva ejecución de la táctica parlamentaria revolucionaria"*.

Pero, a pesar de la total ortodoxia de los principios que las inspiraban, a pesar de la necesidad política real de combatir el *"infantilismo"*, a pesar de las condiciones draconianas impuestas por las tesis para la aplicación del "parlamentarismo revolucionario", la táctica propuesta por los bolcheviques iría a constituir, al fin y al cabo, un obstáculo para la preparación revolucionaria del proletariado de los países capitalistas en las nuevas condiciones abiertas por la I guerra imperialista.

LAS RAZONES DE NUESTRO ABSTENCIONISMO

No se trata, pues, de razones de principio. Por una parte, y como ya vimos en la fase precedente nosotros mismos preconizamos la participación en el Parlamento por razones análogas a las de los bolcheviques. Por otra parte, las tesis que presentamos al II Congreso dejaban abierta la posibilidad de la participación *"en los países en que la revolución burguesa está todavía en curso y crea instituciones nuevas"* (tesis 6).

Las razones de nuestro abstencionismo estaban ligadas a las exigencias de la *preparación revolucionaria del proletariado* de los países capitalistas occidentales y de la *reconstitución del órgano partido* tras el viraje histórico crucial marcado por la guerra.

Viraje crucial, porque la tremenda realidad de la guerra imperialista demostraba la imposibilidad de una evolución pacífica, gradual, ininterrumpida del capitalismo, echando así por tierra la ilusión reformista nutrida por el desarrollo de la fase anterior. La misma historia resolvía, así, el dilema entre reforma o revolución, que estuvo en el centro de los debates (es decir, de la lucha política) en el seno de la socialdemocracia. Haciendo patente que el capitalismo ya no podía desarrollarse sin repetidas crisis y guerras generalizadas, los mismos hechos planteaban ahora como única alternativa : o guerra imperialista o revolución proletaria. Así, la lucha por la dictaudra del proletariado se presentaba en adelante como el *objetivo históricamente inmediato* del movimiento obrero, objetivo hacia el cual este debía consagrar todos sus esfuerzos. Entonces, la táctica comunista debía ser mucho más *directa y rígida* que en la fase anterior, a fin de corresponder decididamente a la necesidad de la preparación *directa* de la clase para aquel objetivo. Es decir, debía excluir todo tipo de actuación que pudiera empañar la línea divisoria entre reforma y revolución, vía parlamentaria y vía revolucionaria, democracia burguesa y dictadura proletaria.

Viraje crucial porque, como expresión de la bancarrota de la perspectiva reformista, había visto a la socialdemocracia gangrenada por el reformismo pasarse al campo de la contrarrevolución, al poner las poderosas organizaciones políticas y sindicales que controlaba al servicio de la dominación burguesa, desarmando así, al proletariado.

Coadyudados por los partidos y corrientes centristas, que seguían esforzándose criminalmente en *casar* reforma y revolución, parlamento y soviets, los partidos socialdemócratas entretenían en la clase obrera las ilusiones democráticas y parlamentarias arraigadas en las décadas precedentes, que constituían un peso de plomo sobre ella. La formación de los partidos comunistas presuponía, pues, la más nítida demarcación política respecto a ambas corrientes oportunistas, tanto más cuanto que ésta se realizaba, entonces, a partir de esciciones de estas mismas corrientes.

(sigue en p.10)

La preparación revolucionaria exige

(viene de p.9)

Nuestra táctica abstencionista, fundada en los mismísimos principios marxistas que el "parlamentarismo revolucionario" de los bolcheviques, al romper *en los hechos*, en la misma actividad práctica, con la democracia parlamentaria y sus instituciones, correspondía mucho más que aquél al cumplimiento de las condiciones básicas de la reconstitución del movimiento obrero revolucionario. Por una parte, permitía combatir con mayor eficacia las ilusiones democráticas, la idea fatal de una posible "vía parlamentaria al socialismo", así como demarcarse del reformisma y de sus satélites centristas, cuyo terreno vital era, precisamente, el de la democracia parlamentaria.

Por otra parte, el método abstencionista correspondía mucho mejor a la necesidad (mil veces subrayada por los mismos bolcheviques y la IC) de *reconstituir el movimiento obrero revolucionario sobre bases radicalmente opuestas a las del pasado* y comprometer todas sus fuerzas en un terreno *no solo antilegalitario sino también ilegal*. Este método contribuiría a la indispensable erradicación de las costumbres parlamentarias arraigadas en las décadas anteriores y que persistían incluso en muchos militantes sinceros y verdaderamente antidemocráticos. En otras palabras, la profilaxis antielectoral-parlamentaria que representa el abstencionismo marxista posibilitaría la indispensable *selección* de los núcleos revolucionarios que constituirían los partidos comunistas en formación, contribuyendo a consolidarlos en el terreno comunista revolucionario - antilegalitario, antiparlamentario, antidemocrático - y a alejar de estos partidos, como exigían los bolcheviques, a *"los arribistas que solo se aproximan* (del PC) *para poder entrar en el parlamento"* (parte 3,1).

¿Y el ultraizquierdismo? Ante todo, éste era, desde el punto de vista histórico, de naturaleza diferente del anarquismo de la fase precedente, aunque tuviera el mismo contenido ideológico. Mientras este último correspondía a una *vieja enfermedad* del movimiento obrero, el ultraizquierdismo de la posguerra, *enfermedad infantil del comunismo* -como el mismo Lenin diagnosticó- era una reacción, falsa por cierto, pero potencialmente *sana* contra la traición socialdemócrata, es decir, que las corrientes "ultraizquierdistas" capitalizaban la aversión de amplias capas obreras combativas y revolucionarias por el legalismo, el pacifismo, el cretinismo parlamentario de la socialdemocracia. Y ya no era el anarquismo, como en la fase precedente, sino estas últimas el principal escollo para la constitución del proletariado en partido.

En estas condiciones, el abstencionismo era también un antídoto contra esta enfermedad, pues, al romper en los hechos con el cretinismo democrático y parlamentario, permitiría al partido conquistar a los obreros que constituían el substrato de aquellas corrientes.

UNA DRAMATICA CONFIRMACION

El desarrollo histórico posterior al II Congreso trajo una dramática confirmación a las posiciones de nuestra corriente. El "parlamentarismo revolucionario" fue *uno* de los factores (no el único, por supuesto, ni tampoco el principal) que comprometió la constitución de partidos verdaderamente comunistas. Los partidos que se constituyeron en aquel entonces comportaban importantes alas impregnadas de las viejas tradiciones electorales y parlamentarias de la socialdemocracia que trajeron consigo al adherir a la Internacional, ya sea impulsados por un entusiasmo superficial, ya sea por puro oportunismo (no perder la confianza - ¡y los votos!- de los obreros que, éstos sí, adherían de corazón a la revolución rusa y a la IC). En muchos casos, eran partidos prácticamente enteros que estaban atascados en el peor cretinismo parlamentario, como el PC francés o el checo.

Nuestro abstencionismo hubiera constribuido para dejar en la puerta de los PC a los oportunistas potenciales o efectivos que en ese momento ingresaron (éstos estaban dispuestos a todo, ¡menos a renunciar a sus escaños parlamentarios!) ; el "parlamentarismo revolucionario" aplicado por estos partidos confusos e inseguros se volvió progresivamente un parlamentarismo *a secas*, el que, lejos de ser un método subsidiario para destruir al parlamento, tiene como objetivo mantenerlo, fortalecerlo, revalorizarlo.

Además de este peso tremendamente multiplicado del democratismo, las condiciones en las que debemos reconstruir hoy al movimiento comunista son infinitamente más desfavorables que en la época de los bolcheviques y la Internacional. Por ende, la necesidad de una táctica cristalina, rígida y directa se hace más imprescindible aún.

Por otra parte, las instituciones parlamentarias fueron perdiendo su importancia como órgano político de la dominación burguesa, volviéndose un puro y simple artificio contrarrevolucionario para paralizar la lucha proletaria de clase. Y esto no solo ocurre en los países imperialistas, donde el dominio del capital financiero desplazó el centro de las decisiones hacia los grupos monopólicos que lograron someter el aparato estatal a sus intereses. El dominio totalitario del imperialismo sobre el planeta, al acelerar la evolución política y quemar,así, las etapas por las que pasó su cuna euroamericana, hace que la democracia parlamentaria vaya perdiendo su importancia aun en las áreas donde hubiera podido desempeñar un papel "progresista". Así pues, las burguesías que han efectuado su revolución en esta última fase (China, Argelia o Cuba, p.ej.) no han utilizado, como sus hermanas clásicas de Europa, a las instituciones parlamentarias como órgano de su poder revolucionario ; por el contrario, la necesidad de una enorme concentración de sus fuerzas, indispensable para enfrentarse al imperialismo, las hizo dejar de lado el parlamento a favor del partido único que, por otra parte, se identifica con el ejército revolucionario.

Las instituciones electoralparlamentarias tienden, pues, a volverse un simple medio de engaño contrarrevolucionario. Participar en ellas, en estas condiciones, contribuiría a revalorizar este cadáver que sigue caminando y, por ende, a reforzar el engaño del que es un instrumento.

NUESTRA POSICION EN AMERICA LATINA

No obstante la innegable diferencia en cuanto al nivel de desarrollo histórico alcanzado en comparación a Europa, en América Latina, el programa históricamente inmediato del proletariado es también la toma del poder y la instauración de su dictadura de clase exclusiva. No deducimos esta exigencia histórica de un esquema doctrinal abstracto, sino de la *constatación* del agotamiento de las potencialidades revolucionarias de *todas* las fuerzas de la democracia, que desde hace mucho han demostrado su total impotencia para llevar adelante la consumación de las transformaciones burguesas en el continente.

Parte integrante e inseparable de la reconstrucción del movimiento comunista revolucionario internacional, la constitución -*por vez primera*- del movimiento comunista en Latinoamérica también se choca con el peso de las influencias democráticas sobre la clase obrera y sus vanguardias.

Aunque las instituciones electoralparlamentarias no hayan tenido, en general, el carácter liberal y estable de las de Europa, y, por tanto, no hayan permitido el desarrollo de partidos obreros parlamentarios, tradicionales transmisores de la sífilis democrática en el movimiento obrero, éste no ha escapado a esta infección. Incluso fuera del parlamento y prohibidos por la ley, los partidos oportunistas siempre han dado muestras del más abyecto *cretinismo parlamentario*.

En la época anterior a la generalización de las "dictaduras" actuales, contribuyeron a propagar la infección democrática al pretender que el proletariado debería participar de la presunta batalla revolucionaria de las "fuerzas progresistas" contra la reacción oligárquico-imperialista - batalla que, por supuesto, tenía como arena los hemiciclos parlamentarios- acudiendo masivamente a las urnas a votar por las primeras. ¡Cuántas veces, en aquella época, se reprodujo el triste espectáculo de masas obreras empuñando la falsa "arma del voto" a favor de partidos burgueses tan antiproletarios como los más declarados partidarios de la Casa Blanca!

Con el advenimiento de las "dictaduras", que corresponde a la bancarrota histórica del "progresismo" nacionalburgués, el cretinismo democrático ha pasado a manifestarse de otra manera, tan contrarrevolucionaria como la precedente : se llama al proletariado a luchar por el establecimiento de un régimen democrático, de preferencia parido por una Constituyente, el cual es presentado como la condición básica de la ulterior lucha por el socialismo. En estas condiciones, la eficacia de la preparación del proletariado para la lucha *directa* (es decir, sin ninguna etapa política intermedia, como se pretende que la democracia deba necesariamente ser) por su *dictadura de clase exclusiva* exige la ruptura cabal con las instituciones electoralparlamenta-

el boicot...

rias y el decidido boicot de éstas, ni bien instauradas. Romper con la tradición *etapista* y democrática y plantear claramente que la clase obrera debe concentrar sus energías en la lucha por su dictadura, sin esperar nada de la democracia (salvo engaño y plomo : ¡Perú lo está mostrando!), lo que no puede ser hecho participando en los Parlamentos y en las elecciones.

A esta razón hay que añadir el carácter abiertamente contrarrevolucionario de la democratización en curso, sobre el que hemos insistido desde nuestro primer número, mostrando que se trata de paralizar a la clase obrera desviándola hacia el pantano de la democracia parlamentaria, del colaboracionismo de clases, del pacifismo social (*sobre todo* al proletariado, ver la nota sobre la guerrilla en Venezuela). En estas condiciones, participar en el circo electoralparlamentario -como lo hacen jubilosamente, en el estilo del más vil cretinismo parlamentario, los payasos oportunistas del trotskismo, maoísmo, nacionalcomunismo,etc- es *hacer el juego a la burguesía*, avalar su maniobra contrarrevolucionaria, es una pura y simple *traición* al proletariado. Esta pandilla oportunista(siendo los peores quienes pretenden participar bajo el signo del parlamentarismo revolucionario de los bolcheviques) contribuye, en realidad, a *revalorizar* unas instituciones cuya influencia perniciosa en las masas hay que aniquilar como *condición* de la lucha revolucionaria. Y lo hacen justamente cuando toda la historia pasada latinoamericana permitiría mostrar fácilmente que estas instituciones son incapaces de ser el instrumento de la mas mínima transformación social seria, pues ni siquiera han servido para llevar adelante el miserable y tímido programa reformista democrático! ¡Cuando los repetidos golpes han mostrado secamente que es en el *terreno de la fuerza* que se deciden los dilemas historicos!

Esta revalorización de las instituciones electoralparlamentarias, a las que contribuyen los renegados del comunismo, está situada en un *viraje crucial* de la historia latinoamericana : el que marca la entrada en escena de la clase obrera como principal protagonista de la lucha de clases en el subcontinente, abriendo una nueva fase histórica que deberá culminar en la guerra civil por su dictadura. El proletariado debe considerar la maniobra de la democratización como un acto de preparación de sus enemigos burgueses para esta guerra. Debe considerar a las instituciones electoralparlamentarias que se están instaurando como un arma del arsenal defensivo burgués.

Los revolucionarios, a su vez, deben iniciar su preparación para la guerra de clases. Pero no podrán hacer lo yendo al terreno electoralparlamentario, aunque sea con la intención de minarlo. Deben, por el contrario, boicotearlo para que quede claro a la clase obrera que la pretendida "arma del voto", por toda la fase que ahora se abre, no es más que una *manilla* con la que la burguesía, ayudada por sus esbirros "obreros" democráticos, intentará sujetarla.

La siniestra cara de la democratización peruana

Desde 1973, reina en Perú una poderosa agitación social en la que la creciente voluntad de lucha de los trabajadores se ha manifestado a través de huelgas gigantescas, tomas de tierras, revueltas callejeras, enfrentamientos audaces a la represión policial, tomas de fábricas y de barrios, que ya desde ese entonces ponían un violento límite a la fraseología "revolucionaria" de los militares peruanos. Las numerosas huelgas del primer semestre de 1975 y la sublevación general del 5 de febrefo de ese año eran los claros índices de un descontento creciente de la clase obrera y los sectores proletarizados frente a la ofensiva existente sobre sus condiciones de vida y a la caída de sus salarios reales. Otra de las causas del reemplazo del Gral Velasco por el actual Morales Bermúdez fue el deterioro de la situación económica general : hundimiento de los precios de las exportaciones, el mayor déficit de la balanza de pagos (1.500 millones de dólares), la cuadruplicación de la deuda pública externa (4.100 millones de dólares) y la asfixia para la industria.

Respondiendo a un plan de saneamiento de la economía nacional elaborado por el Fondo Monetario Internacional, se decreta, en junio de 1976, en momentos en que la inflación galopaba, el bloqueo de los salarios, lo que provoca una violenta ola de protestas. Para poder aplicar esta medida, el 1° de julio se decreta el estado de sitio,la suspensión de garantías constitucionales y el toque de queda. De julio del 76 a marzo del 77, la relación de precios y salarios se deteriora francamente : mientras la inflación era del 58 %, el doble reajuste de salarios sólo ha sido del 15 y del 1 %.

Desde el año 1973 hasta junio de 1979, mientras el índice de precios al consumidor subía en un 674 %, los salarios habían bajado un 31,5 % ; los sueldos, un 51,4 % y las remuneraciones para los empleados estatales, un 61,5 %. El salario mínimo vital, fijado en septiembre de 1979 en 15.000 soles (¡para los que tienen la suerte de cobrarlo, ya que los salarios que efectivamente se pagan no llegan al 7 % de éste!) ha caído un 19,3 % (*Desco*, n° 40 de septiembre del 79).

Y no es ésta la única calamidad que aflige a las masas trabajadoras - cuya miseria es agravada aún por un gigantesco desempleo -. Los datos oficiales son, como siempre, de un cinismo provocador : según éstos la tasa de desempleo es del 8 %, mientras que las mismas asociaciones industriales estiman que ésta alcanzaría el 20 %. Pero aún esta cifra está *muy por debajo* de la realidad. Según la revista "de izquierda" Marka n° 112 del 12.7.79, la población económicamente activa en 1979 era de 6.083.000 trabajadores de los cuales 560.000 son obreros (9,2%), 428.000 son empleados (7 %), 1.347.000 independientes (?!) (22,2 %). Esto hace un total de 2.335.000 personas con empleo, es decir, el 38,4 % de la población económicamente activa, correspondiendo *el 61,6 %* restante al desempleo y al subempleo. No sabemos cómo *Marka* ha hecho los calculos, que no deben ser considerados como cifras *precisas* ; pero probablemente están más cercanas de la realidad que las cifras burguesas.

Por otra parte, en el agro, la reforma agraria efectuada por el gobierno militar, convirtiendo al Estado en el mayor latifundista del Perú, sólo ha "beneficiado" al 34 % de la población económicamente activa agrícola que se calcula en 2.000.000 personas. De éstas, aproximadamente 1.000.000 son pequeños propietarios de microscópicas parcelas que no han recibido ninguna tierra nueva y que, como no pueden subsistir con lo que obtienen de éstas, tienen que vender su fuerza de trabajo en las épocas de corte de la caña de azúcar, siembra de arroz y cosecha de algodón.

O sea, la reforma agraria, que hasta hacía poco era alabada como el *nec plus ultra* del "socialismo" a la salsa peruana, ha agravado la miseria de los campesinos quienes para poder subsistir invaden tierras, siendo salvajemente reprimidos por la policía a tiros y con la detención de cientos de personas (ver *EP.* n° 7).

Además, el otorgamiento de tierras efectuado por la reforma ha obligado a los "beneficiarios" a comprar esas tierras ("¿por qué se va a regalar la tierra?", sostienen el APRA y el PPC en los debates en la Asamblea Constituyente), las mismas tierras que antaño pertenecieron a las comunidades nativas y que fueron usurpadas por los hacendados. Recientemente, luego de un debate encarnizado, el gobierno decreta la condonación de la deuda agraria. Pero, ésta no es automática ni general para todos los beneficiarios, sino ¡*sólo para aquéllos que estén al día en los pagos*! Obviamente que no se trata de ayudar o estimular al campesino pobre, el que indudablemente jamás podrá estar al día en sus pagos, sino, evidentemente, al rico, al kulak, lisa y llanamente. Esta es otra de las "conquistas" que los campesinos pobres deben a la nueva constitucion y a la democracia peruana.

Los militares peruanos se enfrentan hoy también al fracaso de la reforma agraria : las cooperativas y los campesinos pobres se endeudan cada vez más (hasta la nueva constitución autoriza el desmembramiento de las más grandes cooperativas no fijando límite para la dimensión de lotes individuales), las invasiones de tierras no dejan de producirse y, además... ¡la producción agrícola no aumenta!

Otros aspectos significativos de la realidad peruana son, por ejemplo, que cerca del 30 % de la población urbana del país habita en los"pueblos jóvenes" (poblaciones donde se concentran los campesinos que emigran hacia las ciudades), que no cuentan con los servicios básicos de agua, desagües, electrificación, educación, transportes, salud. La alimentación

(sigue en p. 12)

La siniestra cara de la democratización peruana

(viene de p. 11)

es absolutamente deficiente. El consumo diario de calorías y proteínas está muy por debajo de los mínimos indispensables. El 12 % de los niños nacidos vivos mueren en el primer año de vida debido a la desnutrición que alcanza a más de la mitad de los niños del país. Existen 2.000.000 de analfabetos, a quienes la nueva constitución acaba de otorgarles el derecho a voto en las próximas elecciones : una gran conquista, por supuesto, ahora sí que podran boicotearlas...

El resultado de esta presión enorme sobre los trabajadores, favorecido además por el alza internacional de los precios de los minerales que el país exporta (cobre, zinc, plomo y pétroleo) es una franca recuperación de la economía nacional.

La deuda externa se reduce, su pago puede ser cancelado a término, lo que permite a Manuel Moreyra, presidente del Banco Central de Reserva, declarar orgullosamente : "Incluso pagando la deuda puntualmente no le vamos a dejar (al nuevo gobierno) una caja menor a 1.000 millones de dólares, reservas netas en el peor de los casos por 300 o 400 millones de dolares (*Desco*, n°45, 3-9.11.79).

El movimiento de huelgas ha ido en ascenso a partir del año 1973 con huelgas cada vez más amplias y que abarcan a un porcentaje cada vez mayor de trabajadores, habiéndose producido, además, cuatro huelgas generales a nivel nacional entre julio del 77 y julio del 79. El proletariado industrial, el proletariado minero y el magisterio fueron los principales protagonistas de los movimientos huelguísticos enfrentando a la represión policial directa, el encarcelamiento y deportación de sus dirigentes, los allanamientos de barrios y el asesinato de compañeros. Para tener una idea de esta represión, la huelga magisterial de los años 78 y 79, de 82 y 118 días consecutivos de duración respectivamente, verdadera huelga nacional que contó con la participación de casi el 100 % del gremio (140.000 maestros), aun cuando había sido declarada ilegal por el gobierno, dejó un saldo de 13 maestros, 4 padres y 10 estudiantes muertos, a los que se suman cientos de heridos y detenidos.

Los trabajadores peruanos están haciendo frente a la ofensiva patronal y gubernamental con las armas de la huelga generalizada y la acción directa. Uno de los resultados, aunque mínimos, de las movilizaciones del año 78, que abarcaron a 1.398.400 trabajadores y que produjeron un total de 32.900.000 horas-hombre de trabajo "perdidas" (el mayor índice de los últimos años), es una recuperación del salario de un 7,3% en relación al año anterior, quebrando ligeramente, así, la baja permanente de éste desde 1973.

Esta agitación generalizada es lo que preocupa a los militares peruanos, a la burguesía peruana y al imperialismo norteamericano y es por eso, justamente, que se han decidido a cambiar la cara del régimen de explotación, miseria y represión que sustentan. En números anteriores ya hemos hablado de la estrategia continental del imperialismo americano y de las clases dominantes locales, planteada por la misma necesidad de mantener el statu quo en el área. Los militares peruanos ya hicieron carne esa necesidad y comprendieron que hoy es el momento de lograr con la democracia lo que ya no puede ser logrado con la dictadura disfrazada de "revolución a la peruana".

Pero ya tuvimos un anticipo de lo que será esta democracia para la clase obrera y los trabajadores peruanos durante la Constituyente. Mientras los militares permitían a la "izquierda" recitar sus programas supuestamente revolucionarios en el Parlamento y hasta en los medios de difusión oficiales, los trabajadores que luchaban en las calles por la recuperación de sus condiciones de vida y de trabajo eran ferozmente reprimidos por la policía y las FF.AA. Ademas, el presupuesto para 1980 es suficientemente elocuente : entre los rubros que aumentan su participación figuran : ¡Poderes del Estado, Ministerio de Defensa y Oficina Central de Informaciones!

El cambio de guardia democrático en Perú es inminente, es urgente, incluso, para la llamada "derecha" burguesa. Así, el boletín informativo gran burgués *Desco* comenta que el semanario *El Tiempo* (n°123) exige "en un largo artículo (...) la convocación de elecciones fijándose la fecha de los comicios y del cambio de gobierno porque esto tendrá un efecto psicológico tremendo para aplacar la efervescencia popular'" (n° 28, 7-13.7.79).

Hasta Villanueva, el sucesor de Haya de la Torre en la conducción del ultrarreaccionario Partido Aprista Peruano y candidato a presidente por este partido, ha comprendido la consigna lanzada por el imperialismo, lo que lo lleva a declarar que "la izquierda responsable es una de las bases para lograr la unidad nacional y un frente único de clases" (*El Comercio*, 10.9.79). En *La Prensa* del 30.8.79, al manifestar que estaba dispuesto a dialogar con ella, ya había dicho aquí entiendo día por izquierda responsable, justamente la que colaboró en la ejecución de la nueva constitución, que cree en el sistema democrático y que respeta las disposiciones de la República (citado por *Desco* n° 36 y 37/9/79)

¿Cómo enfrenta la "izquierda" peruana la maniobra contrarrevolucionaria del imperialismo y de las clases dominantes de "transferencia del poder a la civilidad"? ¿Qué objetivos de lucha propone al proletariado y al resto de los explotados y oprimidos peruanos? ¡La democracia! ¡Se entiende por qué los burgueses la llaman responsable!

La famosa "revolución a la peruana" ya no va más. La verdadera revolución, la del proletariado peruano e internacional que arrastrará al semiproletariado y al campesinado pobre de los rincones más arcaicos del mundo, en Perú, está aún por hacerse, y deberá hacerse justamente contra la maniobra contrarrevolucionaria de la democracia.

Pasado y

(viene de p.3)

vez más (2), se verían confirmados por toda la historia ulterior.

Ya sea portador de *"ayudas"*, o de *"créditos"*, de inversiones o de *"donaciones"*, *"sabemos muy bien cuales son sus maniobras en el territorio nacional : él es mucho más poderoso que el gendarme, incluso si por toda arma no transporta mas que una vieja cartera de cuero llena de papelorio, y si ostenta un físico lamentable y un traje poco glorioso. En realidad, su salario es mucho más bajo que el de los militares reclutados entre la flor de la juventud y cubiertos de uniformes resplandecientes. Pero su poder civil y legal es tan terrible que más de una vez la víctima que ha agotado todos los expedientes de la trágica guerra del papelorio y lo ve llegar, desarmado y vacilante, renuncia a atacarlo o a echarlo y se hace saltar la tapa de los sesos. En cuanto a él, gana la batalla manteniendo las manos limpias, el expediente judicial virgen y el alma en estado de gracia"*. Y es de esta manera que en el curso de una u otra intervención militar, o bien en los largos intervalos que las separan, *"el dólar, con su organización mundial de socorro a los pobres, ha partido a la conquista de Europa sin detenerse en los Montes Urales, y ha planificado el éxito sin recurrir a los misiles atómicos y a las escuadrillas de invasión por el polo"*.

A partir de ese momento y con suertes diversas, pero, de todas maneras, con éxito, es este tipo de ayuda caritativa que ha asegurado ante todo *la dominación* [illegible] de los EE.UU. sobre el planeta. Los politicólogos podrían muy bien replicar, no sin sombra de razón que, para el Pentágono y la Casa Blanca, los períodos de eclipse han coincidido precisamente, con el eclipse de las buenas doctrinas y con un acceso de cinismo.

Cuando Carter apareció en el cénit presidencial y su acólito Brzezinski afinó la trompeta de los derechos del hombre, el mundo de la "opinión pública" quedó paralizado : he aquí que se desvanecían las sombras funestas de Nixon y de Kissinger y que renacían los fantasmas puritanos, humanitarios y reformistas de los Kennedy, que salían muy frescos del baño, luego de la zambullida no reglamentaria de la Bahía de los Cochinos. Nosotros dijimos : es una *"doctrina de guerra"*. A tres años de distancia, en presencia de la nueva *doctrina Carter*, son raros aquellos que osarían negar la validez del teorema según el cual no hay ningún mensaje que anuncie más claramente la muerte que el mensaje de vida de un presidente americano.

presente de la doctrina Carter

Otro rasgo común se encuentra en la serie abigarrada de las doctrinas presidenciales. Sedicentemente ellas nacen como obras maestras de inocencia y de candor en respuesta a la rapacidad y a la crueldad *de los otros*. No solamente aportan la pay y anuncian la independencia de los pueblos, sino que jamás, jamás de los jamases, la mano que blande su bandera podrá ser acusada de haberse ensuciado de sangre en una guerra de agresión y de haber cometido el crimen de *"lesa autonomía"*. La tierra que las ha parido no conoce los gobiernos fantoches, ignora los Quisling y los Karmal, siente repugnancia por la violencia en general y por la violencia armada y militar en particular, y si alguna vez debe recurrir a ella es con el alma destrozada, por culpa de los otros, *obligada y forzada*, y con el objetivo declarado (¿quién osaría dudarlo?) de restablecer el reino de justicia, de la libertad y de la paz violadas por ese perverso "vecino". Con su doctrina, Monroe reaccionaba a las veleidades colonialistas de Gran Bretaña, Wilson a las intenciones expansionistas de Alemania, Truman al "neoimperialismo" del Kremlin : los tres ofrecían, en lenguajes diferentes, un socorro desinteresado en víveres y armas a lo que se llamaba en la época el Tercer o Cuarto Mundo, "mundos" que habrían debido reconocer en ellos -y desgraciadamente reconocen muy a menudo - el ángel vengador de la justicia y de la fraternidad humana humilladas y ofendidas.

La doctrina Carter no escapa ni al primero ni al segundo aspecto de la regla. Sobre el Golfo Pérsico -dice- pesa la amenaza del demonio : lo que está en juego es la paz, la independencia de los pueblos, la estabilidad mundial (y, más prosaicamente, el petróleo para todos) ; que el demonio dé rienda suelta a su mala naturaleza, que dé un paso de más, y "será la guerra". No es que nosotros, ángeles de la paz, la deseemos (la prueba : nosotros no hemos financiado al Sha, ni subvencionado a la Savak y, por lo tanto, no hemos violado la independencia iraní) ¡pero estaremos obligados a ello! De lo que allí se trata, agrega, es de *"la amenaza más seria sobre la paz mundial desde el fin de la segunda guerra mundial"*, y la paz, ese bien supremo puesto en peligro por la avidez de los otros *"no puede ser preservada más que si los EE.UU. están listos a ser fuertes en el interior como en el exterior"*. "Nadie -ha precisado patéticamente Carter- *puede cargar con el fardo por nosotros*," incluso si es deseable que otros nos den una mano en la región para instaurar *"un marco de cooperación con fines de seguridad, que respete la diversidad de los valores y de las convicciones políticas desarrollando al mismo tiempo la independencia, la seguridad y la prosperidad de cada uno"*. Sí, "diversidad de los valores y de las convicciones políticas" , porque después de todas las rencillas con Jomeiny y sus comités, la Casa Blanca ha reconocido finalmente, según la expresión de Brzezinski, *"la vitalidad del mundo islámico"*, del cual los EE.UU. *comparten la profunda fe religiosa"* (1). Fiel al original, la enésima versión de la comedia ve, de un lado, codo a codo con el gendarme, al predicador salmodiando sobre el tema de los derechos civiles ; del otro, al oficial de justicia internacional : éste empuña el arma del trigo y de la soja, prohibidos al Culpable y reservados al Inocente, el arma de las sanciones aplicables al primero para preservar el candor inmaculado del segundo. Aquí también, la doctrina Carter tiene sus antecedentes.

El corolario de la campaña moralizadora y civilizadora hoy en curso, con Moscú en el papel de traidor y Washington en el de Hombre-con-las-manos-limpias, es es el reforzamiento (en vista de la paz, evidentemente) del dispositivo militar americano, particularmente en materia de armamento convencional (*"del que la capacidad de combate sigue siendo*, ha dicho el ministro de guerra Brown, *la única forma utilizable de la potencia militar"*, silenciando toda forma de arma *nueva"*). Es también el reforzamiento de su red de alianzas, de combinaciones y de coaliciones políticas y guerreras en Asia y, si es posible, en Europa, red ya vigente o aún en formación ; el cierre del círculo de hierro y fuego alrededor de la Rusia sacrílega, inmoral y blasfema, con los *mismos* argumentos que emplea esta última, los de toda potencia capitalista, grande o pequeña, para justificar sus armamentos.

Es, en realidad, alrededor de los proletarios de todo el planeta que se estrecha el círculo de hierro y fuego. Este no será roto ni por los salmos de los curas, ni por las invocaciones de los intelectuales, ni por las marchas y ayunos de los pacifistas - los que, por otra parte, si la guerra estallara se transformarían inmediatamente en sermones, en mitines y en manifestaciones belicistas. No podrá ser roto por ninguno de los movimientos y de las fuerzas sociales que están ligados a esta *misma* ideología hipócrita y mentirosa - compartida por Moscú- de justicia, de libertad, de fraternidad y de paz, por la cual se ha llamado a los proletarios de todos los países a degollarse mutuamente en el curso de las dos guerras mundiales y en nombre de la cual el capitalismo ha erigido, alrededor de su centro Wall Street, el edificio inmundo de su paz mentirosa y de su *verdadera*, y feroz, dominación.

Esto es lo que debe recordarnos, o enseñarnos, contra todas las declaraciones farisaicas de su autor como de sus pretendidos enemigos, la doctrina Carter.

---

(1). *"Puntos" democráticos y programas imperialistas*, en *Il Programma Comunista*, nº 2 de 1950.

(2). *América*, in *Prometeo* nº 7 de 1947.

(3). Citas extraídas de *La Republica* y *Le Monde*.

Fastos de la dominación burguesa

Según un informe muy serio enviado por Willy Brandt a Kurt Waldheim sobre los problemas del desarrollo internacional, *"los gastos mundiales en concepto de armamento representan 450.000 millones de dólares por año, mientras que la ayuda oficial para el desarrollo alcanza apenas los 20.000 millones. El precio de un tanque podría permitir la construcción de aulas para 30.000 niños, el de un avión de caza a reacción, la implantación de 40.000 farmacias en los pueblos. Un 50% de los gastos mundiales de un año en armamentos podría financiar el equipamiento necesario para que los países en desarrollo alcancen el estadio de autosuficiencia alimentaria hasta [illegible]"*, mientras que al ritmo actual su dependencia se habrá duplicado y la entrega de las cantidades necesarias con toda seguridad no podrá ser pagada y, por tanto deberá ser proporcionada. (*Nouv. Problèmes économiques* del 26/3/80)

Está clarísimo: ¡si las vacas volaran, dejarían de ser vacas! Señores explotadores, ¡si vuestro capitalismo permitiese vivir a las masas, evidentemente dejaría de ser capitalismo!

*

Los pelegos ya tienen su partido

(viene de p.1)
ausencia actual de *agentes en la clase obrera* que gocen de una influencia determinante y sean capaces de asumir la "representación" oficial de los trabajadores en los varios niveles institucionales (parlamentario, laboral, etc.) - lo que signigica,en términos crudos, capaces de hacerles tragar los dictámenes del orden burgués y del buen funcionamiento de la explotación capitalista. Las fuerzas con las que hasta entonces había contado para desempeñar esta tarea (ya sean los PC y PS, ya sea los movimientos directamente burgueses, como el *trabalhismo* brasileño, etc) se desgastaron a tal punto por su actuación pasada que ya no están en condiciones de desempeñar eficazmente su papel, habiéndose vuelto verdaderos "*cadáveres políticos*", como dijo recientemente, y con toda razón, un viejo político burgués brasileño refiriéndose al PC y al *trabalhismo* que Brizola intenta resucitar.

La función del partido que están creando los *pelegos democráticos* brasileños (es decir, los burócratas sindicales), es precisamente la de llenar esta laguna. La "declaración política" del 13.10.79 ya lo deja bien claro, al proclamar como objetivos del Partido de los Trabajadores: *crear un canal de expresión política y partidaria de los trabajadores de las ciudades y del campo, así como de todas las capas explotadas por el capitalismo*"Este *canal* servirá para encauzar el movimiento obrero hacia el pantano de las elecciones y el parlamento, y de la "lucha" por la democracia, como resulta claro del enunciado de otro de sus objetivos : *"apropiarse del campo político* (sic, es decir, la política parlamentaria, democráticoreformista - ndr.) *en cuanto actividad propia de las masas populares, que quieren participar legal y legítimamente, de todas las instancias del poder en la sociedad* (¿reconocéis el viejo lenguaje del reformismo legalitarista? - ndr.). *Y esto no solo en período electoral, sino, sobre todo, cada vez que es posible(?), día a día, para la construcción de una nueva concepción (?) de la democracia* arraigada en las capas explotadas *y aplicando las decisiones de la mayoría*" (citamos de *Inprecor* nº 64). *Obrigado,seu Lula,* por la inspirada definición de la función contrarrevolucionaria de los partidos "obreros" democráticoburgueses :¡arraigar las ideas democráticas en las masas! La hacemos nuestra sin reservas.

Pero hay más. Los pelegos del PT, en efecto, nos regalan preciosísimas formulaciones sobre el papel fundamental que desempeñan las masas explotadas,debidamente encuadradas por esta nueva y monstruosa versión del laborismo, en el mantenimiento de la estabilidad de la democracia burguesa. Así, en uno de sus primeros documentos oficiales, "*Un partido sin patrón*" (publicado en *Inprecor* nº 60), tras afirmar que "*la democracia es la participación de manera organizada y consciente*" de los trabajadores, larga esta formulación lapidaria: *"una democracia parlamentaria y formal (...) que excluya la participación organizada del pueblo - como ocurrió entre 1945 y 1964- dará nacimiento a un régimen* debilitado (...) *Por ello, el PT proclama que la única fuerza capaz de ser el motor de una* real democracia estable *son las masas explotadas del campo y las ciudades"*. Una vez más, *obrigado, seu Lula,* ¡qué claro eres!

Para desempeñar su función de agentes de la burguesía, el peleguismo democrático cuenta, por una parte, con una cierta aureola de defensores de los intereses de los trabajadores, la que les ha sido conferida por su actitud de "oposición" al sindicato oficial, del que, sin embargo, forman parte (v. "*Peleguismo democrático*", *El Proletario* nº4). A pesar de las repetidas traiciones de las últimas huelgas, (v. *"Los pelegos en acción", El Proletario* nº 4; *"La huelga de la construcción en Belo Horizonte", El Proletario* nº 6), esta aureola no ha sido muy empañada, ya que han podido poner las derrotas obreras en la cuenta de la dictadura, de la falta de democracia.

Por otra parte - y es éste su gran triunfo -, el PT controla a un sector decisivo del aparato sindical oficial, principalmente en los centros industriales paulistas. Ahora bien, los sindicatos son la condición esencial para que el reformismo pueda desempeñar su función de esbirros de la burguesía en la clase obrera, pues son las "correas de transmisión" que le permiten controlar al movimiento obrero y encuadrarlo en los límites de la legalidad burguesa y de las exigencias del capital.

Por supuesto, para esta tarea *antiobrera* no puede utilizar a los sindicatos actuales, integrados al Estado. Necesita, entonces, de una *reforma sindical* que permita la constitución de una nueva organización sindical formalmente independiente del Estado burgués. Es éste el sentido de su reivindicación (que, sea dicho de paso, es planteada asimismo desde hace algún tiempo por muchos voceros de la misma burguesía) de *"sindicatos libres e independientes del Estado"* y *"disolución de la estructura sindical en vigor"* (Plataforma política del PT).

Esto demuestra la *insuficiencia* de la reivindicación de "independencia del sindicato" , formulada no solo por los pelegos sino por los falsos revolucionarios, la gran mayoría de los cuales apoya o ha ingresado en el PT (todos los trotskistas, con excepción de la OSI, brazo local del CORCI ; los maoístas del "ala roja" del PC del Brasil; varios espontaneístas ; y los mismos ex-guerrilleros del guevarista MR-8). Por supuesto, una condición indispensable de la lucha de clase es la constitución de organizaciones sindicales independientes del Estado burgués. Pero - y aquí está el *punctum dolens* sobre el cual hay que poner el acento - la independencia y autonomía de éstas sólo puede ser un hecho *real*, y no puramente estatutario y formal, cuando se planteen en un terreno *de clase*, es decir, cuando adopten orientaciones, métodos, reivindicaciones y una organización estrictamente clasista. En otras palabras, hay que luchar por una organización independiente *de la burguesía, de la política burguesa*, lo que significa una organización que se plantee *fuera y contra el terreno de la democracia*, la que es necesariamente sinónimo de *colaboración de clases*, de sumisión del proletariado a los intereses burgueses. Sin esta ruptura cabal con la democracia burguesa y sus agentes, la independencia formal en relación al Estado no será más que una máscara para esconder esta sumisión de hecho, esta integración en la política democrática de la burguesía, tal y como ocurre en los países imperialistas.

Y es evidente que esta ruptura presupone la lucha contra el partido de los pelegos y las fuerzas que lo apoyan, cuya función es precisamente la de impedir que el movimiento obrero se coloque en el terreno clasista, antidemocrático y anticapitalista, el único en que puede afirmarse como fuerza independiente.

*

Editor responsable :
GIUSTO COPPI

Correspondencia :
Casella Postale 962
Milano ITALIA

Pagos :
C.C.P. 18091207 MILANO